

CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

FRUTOS DE SANTIDAD EN LA IGLESIA



«Determinamos y definimos que los sujetos de buena memoria Isidro Labrador, patrón de Madrid; Ignacio de Loyola, vizcaíno, del lugar de Azpeitia, fundador de la Compañía; Francisco Javier, de la misma Compañía de Jesús; Teresa de Jesús y Ahumada, natural de Ávila, fundadora de la Orden de Carmelitas Descalzos; y Felipe Neri, florentín, fundador de la Congregación del Oratorio, son santos, dignos de ser escritos en el catálogo de los santos».

Del decreto de canonización, Gregorio XV, 12 de marzo de 1622

Año LXXVII- Núm. 1093-1094 Agosto-septiembre 2022



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número	30	Celo misionero de san Francisco Javier
9	La quintuple canonización de 1622 <i>María Jaurrieta Manresa</i>	31	Orientaciones bibliográficas <i>Javier de Miguel</i>
10	Vocación universal a la santidad <i>Esteban Medina hnssc</i>	33	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
12	«La fuerza de los humildes». San Isidro Labrador: padre, esposo y laico santo <i>Francisco Cerro Chaves, arzobispo de Toledo</i>	36	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
17	Santa Teresa, maestra de oración <i>Eliseo García</i>	39	Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>
21	La santidad en los Ejercicios Espirituales. El consejo de Pío XI <i>Francisco Recabarren hnssc</i>	41	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
25	La renovación de la consagración de la Compañía y de todas sus obras apostólicas al Sagrado Corazón de Jesús <i>Mn. Joan Rodríguez Gómez</i> <i>Director diocesano del AO-RMOP de Barcelona</i>	43	Actualidad política <i>Jorge Soley</i>
27	La misión de san Felipe Neri descrita por el cardenal Newman		

Razón del número

La Iglesia es santa

La santidad de la Iglesia no es solo proclamada en el Credo, sino también manifestada en tantas vidas de sus miembros a lo largo de toda su historia.

LA celebración del IV centenario de la quintuple canonización de 1622: san Felipe Neri y cuatro santos españoles: san Isidro Labrador, san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier y santa Teresa de Jesús, tiene que ser una ocasión para recordar una verdad que profesamos en el Credo y que hoy parece olvidada: «La Iglesia católica es santa». Esta gran verdad hoy queda oculta por el alud de noticias que los medios de comunicación nos repiten tan insistentemente de forma intencionada sobre los escándalos tristemente reales, a veces, y en otras inventados o, por lo menos, magnificados, que se han dado en el seno de la Iglesia.

La santidad de la Iglesia no es solo proclamada en el Credo, sino también manifestada en tantas vidas de sus miembros a lo largo de toda su historia. Santidad muchas veces oculta a los ojos de los hombres, rodeada de humildad, aparentemente pequeña, pero grande a los ojos de Dios y de una fecundidad inmensa humana y espiritualmente. Madres que han sacrificado toda su vida por sus hijos, curas párrocos que han atendido con una fidelidad admirable durante años a sus feligreses, religiosos que viven su vida de en-

trega a Dios en el recogimiento del claustro o atendiendo enfermos de los que nadie se ocupa, o con una dedicación ejemplar en tareas educativas especialmente en los ambientes más pobres, misioneros que, lejos de su patria, llevan a cabo el mandato evangélico de anunciar el Evangelio hasta los confines del mundo. La

Cuando el mal se extiende y penetra tan profundamente en todos los ambientes sociales, cuando hay la tentación del desánimo y la desesperanza, es necesario recordar que la Iglesia, la esposa de Cristo, es santa y santifica a sus miembros.

santidad de la Iglesia es, como dijo Juan Pablo II, «el secreto manantial y la medida infalible de su laboriosidad apostólica y de su ímpetu misionero» (*Christifideles Laici* 17,3)

A lo largo de todas las épocas, la Iglesia ha manifestado su santidad del modo más eminente cuando sus fieles, estando sometidos a la persecución, han dado el máximo testi-

monio de su fe derramando su sangre. El siglo pasado y el actual siglo pasarán a la historia como los siglos de los mártires.

En un mundo en que parece que el espíritu del mal triunfa por todas partes, es absolutamente necesario dirigir nuestra mirada hacia estos hombres y mujeres que dan testimonio de como el Espíritu Santo continúa estando presente en su Iglesia con su acción santificadora. El precepto evangélico «Sed perfectos como mi Padre es perfecto» siempre encuentra quien está deseando que conforme su vida, confiando en la gracia de Dios. Este camino de santidad, que santa Teresita del Niño Jesús nos enseñaba con su vida y con sus palabras: «La santidad no consiste en tal o cual práctica. Consiste en una disposición del corazón que nos vuelve humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre» (*Últimas conversaciones*, 3 de agosto).

Es de notar como la Iglesia durante los últimos pontificados, especialmente desde el pontificado de Juan Pablo II ha intensificado de un modo sin precedentes en su historia, las declaraciones de beatos y santos. Es una llamada apremiante a todos los católicos para que dirijamos nuestra mirada hacia aquellos que con su ejemplo nos muestran el camino que lleva a Dios. Cuando el mal se extiende y penetra tan profundamente en todos los ambientes sociales, cuando hay la tentación del desánimo y la desesperanza, es necesario recordar que la Iglesia, la esposa de Cristo, es santa y santifica a sus miembros, y como dijo Juan Pablo y nos lo recuerda el *Catecismo de la Iglesia católica*: «Los santos y las santas han sido siempre fuente y origen de renovación en las circunstancias más difíciles de la historia de la Iglesia» (CIC, 828).

Una última consideración sobre el aniversario que celebramos. Llama la atención que en 1622 se cano-

nizaran en una misma ceremonia cuatro santos españoles; la costumbre era la canonización única en cada celebración, no había precedentes de canonizaciones múltiples, incluso dio lugar a algún comentario crítico como si fuera resultado de la influencia política de la monarquía española en la Santa Sede.

Lo que es muy de admirar es la importancia de aquellos santos especialmente san Ignacio, santa Teresa y san Francisco Javier, que dejaron una huella tan profunda de su santidad que continua estando muy presente en múltiples apostolados y que hace referencia al vigor espiritual de la Iglesia en España durante la época de la Contrarreforma. A ellos les tenemos que encomendar nuestro presente para que intercedan ante Dios para que los malos presagios descristianizadores que acechan a nuestra patria no puedan cumplirse ante la fortaleza de una renovada santidad.

«Con las manos vacías»

La caridad de Cristo es en nosotros la fuente de todos nuestros méritos ante Dios. La gracia, uniéndonos a Cristo con un amor activo, asegura el carácter sobrenatural de nuestros actos y, por consiguiente, su mérito tanto ante Dios como ante los hombres. Los santos han tenido siempre una conciencia viva de que sus méritos eran pura gracia.



«[...] En el atardecer de esta vida compareceré ante ti con las manos vacías, Señor, porque no te pido que cuentes mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos. Por eso, quiero revestirme de tu propia Justicia y recibir de tu Amor la posesión eterna de ti mismo» (Santa Teresa del Niño Jesús, *Acte d'offrande á l'Amour miséricordieux: Récréations pieuses-Prières*).

Catecismo de la Iglesia católica, 2011

La quintuple canonización de 1622

María Jaurrieta Manresa

La canonización de 1622 fue, no fue un acto ceremonial aceptado pasivamente por la sociedad, sino una renovación del compromiso de la Corona española, sus súbditos, las órdenes religiosas y, en definitiva, todos los miembros de la Iglesia con la expansión y defensa de la verdadera doctrina católica.

UNO de los hitos fundamentales para la sociedad y cultura católicas del siglo XVI fue el Concilio de Trento (1563-1565) que buscó no solo combatir el error protestante sino reformar a la Iglesia retornándola al orden y devoción debidas. En una época caracterizada por la convulsión religiosa y política de Europa, la Iglesia no escatimó esfuerzos ni recursos para restaurar la verdad y la unidad en el continente. Dentro de estos, la quintuple canonización de marzo de 1622 que elevó a los altares a **san Isidro Labrador, san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, santa Teresa de Jesús y san Felipe Neri**, supone un episodio digno de estudio. En primer lugar, por el vasto significado de la ceremonia que propone nuevos modelos de santidad, especialmente por lo que se refiere a los cuatro últimos, «santos modernos» elevados a los altares como intercesores y como modelos a imitar. En segundo lugar, supuso el espaldarazo a la Reforma tridentina y su modelo de santidad austera, mística y activa.

Este acontecimiento dio lugar a inmensas manifestaciones de alegría en el seno de la Iglesia en for-

ma de fiestas celebradas a modo de acción de gracias. Fiestas en las que se volcó toda la sociedad con el fasto propio de la festiva cultura barroca.

La extraordinaria quintuple canonización

Paulo V (Borghese) había realizado ocho beatificaciones de españoles, entre ellas las de Ignacio de Loyola (27 de julio de 1609), Teresa de Jesús (24 de abril de 1614), Francisco Javier (24 de agosto de 1619) e Isidro el Labrador (14 de junio de 1619). Felipe Neri había sido beatificado el 11 de mayo de 1615. Tras esto los postuladores de los procesos aumentaron la presión sobre la Congregación de Ritos y el Papa para conseguir la canonización. Sin embargo, tras la canonización de santa Francisca Romana y san Carlos Borromeo –las dos únicas que aprobó– el papa Paulo V comunicó que no canonizaría a ningún santo más. Los procesos estaban prácticamente terminados, las peticiones de canonización llegaban de todas las instancias sociales: obispos, reyes, villas, etc. Los jesuitas deseaban ver en los altares a su fundador y a un



«Nos debemos disponer para venir en perfección en qualquier estado o vida que Dios nuestro Señor nos diere para elegir». San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, 135



miembro de su Compañía, los carmelitas, la glorificación de su reformadora, Madrid a su patrón y Roma a un sacerdote popularísimo objeto de su devoción. Tras bastantes dificultades, el 12 de marzo de 1622 se celebró la ceremonia de canonización en la basílica de San Pedro, en medio de la alegría colectiva que desde Roma se comunicó al resto del orbe católico.

Fue una ceremonia novedosa ya en la época –solían ser canonizaciones individuales y ésta es quintuple–, y sigue siendo llamativa en la nuestra porque reunió en una sola

ceremonia santos tan importantes.

Es, en efecto, muy llamativo que no solo se canonizaran cinco santos en una sola ceremonia sino que cuatro de ellos fueran súbditos de la monarquía española. Es conocido y revelador de las tensiones de la época el dicho que se repetía entre la curia italiana, diciendo que el Papa, ya entonces Gregorio XV, había canonizado a «cuatro españoles y un santo». Muchos han visto en esta preferencia una demostración de que la ceremonia fue fruto de una serie de móviles políticos y no tanto de una cuestión religiosa.

La historiografía ha enfocado esta celebración de dos modos. En primer lugar, se ha interpretado como un triunfo de la Corona española, que demuestra su poder sobre la Santa Sede. En segundo lugar, la canonización podría ser el triunfo de las nuevas órdenes religiosas en el seno de la propia Iglesia. Sin embargo, últimamente se ha propues-

Cada uno de los santos en su vocación individual (un seglar, un fundador, una reformadora, un misionero y un clérigo) personificaban la vitalidad de la Reforma católica, que se comunica al mundo a través de los distintos carismas.

to una tercera vía de interpretación, que recoge la verdadera intención de este hecho histórico. Las canonizaciones representarían la ratificación de la renovación eclesial del Concilio de Trento, una «canonización de la Reforma católica».

Este hecho no quita las dificultades diplomáticas y políticas, sin contar los juegos de poder, que se esconden tras esta ceremonia. A través de ellos se puede calibrar de un modo bastante completo el clima político y religioso de la época. En lo político –conforme a la primera interpretación que hemos citado– nos hallamos ante una pugna entre la monarquía francesa y la española por la hegemonía en Europa. Ambas se muestran muy interesadas por ver canonizados a los santos, subrayando los franceses el carácter galo del carisma jesuita, que nació en la universidad de la Sorbona; y los españoles incidiendo en la parte «hispana»

de los santos jesuitas, el patronato sobre la capital del reino de Isidro Labrador y el origen castellano de Teresa de Jesús.

En lo religioso había dos grandes frentes abiertos. Por un lado, el inmenso poder de las congregaciones de religiosos frente a la jerarquía eclesiástica y sobre la Sede de san Pedro, que es el que hemos citado como segunda clave explicativa. En efecto, tres de los cinco santos son miembros de órdenes regulares. Pero, frente a esto, se percibe en Roma una centralización del poder en el Papa, que es quien en última instancia ha de canonizar a cualquier santo, y las instituciones que de una manera cada vez más estricta controlaban el reconocimiento de los nuevos «santos».¹

Ante las presiones políticas y las ansias de jesuitas y carmelitas por ver canonizados a sus santos pronto, Urbano VIII afirmó en un breve:

«Por tanto, en tan grave asunto no debemos obedecer a ninguna potestad humana sino al mandato divino, quienes hemos sido constituidos por Dios como sus vicarios en la cima de la autoridad apostólica. Y eso es, en definitiva, lo que pediremos humilde y confiadamente en nuestras oraciones a aquel que nos puede mostrar su decisión y puede convencernos para tomar la nuestra. Así será todo tanto más beneficioso para la religión católica, como agradable a su Cristianísima Majestad, e igualmente a su Excelencia, que tanto esfuerzo ha empleado en postular la glorificación de estos santos varones.»²

Es decir, podríamos entender la situación de la siguiente manera «los canonizaremos si es la voluntad de Dios, y si el Papa logra dar con una solución diplomática al compromiso». En efecto, parece que la primera intención fue canonizar solamente a Isidro Labrador, y que posteriormente se fueron añadiendo Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola y Francisco de Javier. El último fue Felipe Neri, por no dar lugar a una canonización únicamente española. La solución diplomática se materializó en una serie de medidas que buscaban satisfacer a todas las partes. Una de ellas parece ser la introducción en la ceremonia de Felipe Neri, supuestamente para sustituir a Tomás de Villanueva y evitar una canonización totalmente española.

Pero, ante todo, debemos contemplar la canonización de los santos de 1622 en el contexto de la Reforma católica. Según esta propuesta en 1622 la Iglesia canonizó el afán reformador del Concilio de Trento y el nuevo modelo de santidad que éste propugnaba. Así, **cada uno de los**

1 Influencia también de la crítica protestante a la santidad, que provoca una disminución de canonizaciones y este endurecimiento de los procesos.

2 Citado, y traducido del latín por Labarga, 2020, p. 86.

«Es Dios quien nos hace santos»

¿Cómo podemos recorrer el camino de la santidad, responder a esta llamada? ¿Puedo hacerlo con mis fuerzas? La respuesta es clara: una vida santa no es fruto principalmente de nuestro esfuerzo, de nuestras acciones, porque es Dios, el tres veces santo (cf. Is 6, 3), quien nos hace santos; es la acción del Espíritu Santo la que nos anima desde nuestro interior; es la vida misma de Cristo resucitado la que se nos comunica y la que nos transforma. Para decirlo una vez más con el Concilio Vaticano II: «Los seguidores de Cristo han sido llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús, no por sus propios méritos, sino por su designio de gracia. El bautismo y la fe los ha hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por tanto, realmente santos. Por eso deben, con la gracia de Dios, conservar y llevar a plenitud en su vida la santidad que recibieron.»

Quiero invitaros a todos a abriros a la acción del Espíritu Santo, que transforma nuestra vida, para ser también nosotros como teselas del gran mosaico de santidad que Dios va creando en la historia, a fin de que el rostro de Cristo brille en la plenitud de su esplendor. No tengamos miedo de tender hacia lo alto, hacia las alturas de Dios; no tengamos miedo de que Dios nos pida demasiado; dejémonos guiar en todas las acciones cotidianas por su Palabra, aunque nos sintamos pobres, inadecuados, pecadores: será Él quien nos transforme según su amor. Gracias.

Benedicto XVI, *Audiencia general*,
3 de abril de 2011

santos en su vocación individual (un seglar, un fundador, una reformadora, un misionero y un clérigo) personificaban la vitalidad de la Reforma católica, que se comunica al mundo a través de los distintos carismas. La canonización, por tanto, supone que el santo se convierte en modelo para todos los fieles católicos, no solo un héroe a quien admirar, sino uno a quien hay que imitar.

Esto es lo que los habitantes del orbe hispano comprendieron, y así lo expresó el propio Lope de Vega. En 1622 el poeta afirmaba: «En este tiempo finalmente llegaron las nuevas a la patria común de todos, con no menos alegría que por Isidro por los demás santos, viendo que en tiempo de tantos heresiarcas y seudoprofetis nuestro Beatísimo Padre ilustraba la Iglesia de España, como en premio de su lealtad, de cuatro tan heroicos santos para todo género de estados: un labrador para humildes, un humilde para sabios, un sabio para gentiles y una mujer fuerte para la flaqueza de las que en tantas provincias aflige el miedo».

Porque la canonización fue acompañada de una inmensa campaña propagandística o más bien una espectacular catequesis, en la que la fiesta se convierte en el vehículo fundamental para dar a conocer a los santos y formar a la sociedad en ese molde. Los objetivos de la iconografía, los sermones, los grabados, las esculturas y toda la alegría de la fiesta religiosa tenían como objetivo presentar a los santos ante el pueblo, cultivando su devoción como nuevos héroes de la Cristiandad.

Si el conjunto de la retórica se interpreta solamente en clave de poder, no se podría comprender la respuesta apasionada del pueblo, que es el protagonista y público de las celebraciones, de cuya respues-

ta depende en última instancia que haya fiesta.

Este deseo de educar a los cristianos se transmite en las fiestas que se hicieron para celebrar esta canonización. Por ejemplo, santa Teresa se le subraya ese papel de reformadora. En la ciudad de Salamanca, los mercaderes levantaron un arco triunfal en el que san Juan de la Cruz, reformador de los carmelitas decía a la santa, reformadora de la rama femenina:

«Vamos (Teresa) a comenzar la empresa, que si bien a la carne y sangre dura: el ser de Cristo voluntad expresa, alienta, fortaleza y asegura, que es a mis fuerzas desigual, aquesa confieso (Madre), aunque el amor procura ponga los hombros al primer Carmelo, y en nueva vida lo levante al Cielo».³

El caso de los santos jesuitas es otro caso llamativo. En la ciudad de Toledo, entre otros festejos, se organizó un espectáculo de fuegos artificiales que consistió en una representación teatral. En un extremo de la calle se levantó un tablado cercado por una verja, adornada con cohetes, y ruedas «con muy buenas invenciones y girándulas llenas de cohetes»; en el interior de este parque se representó un dragón con «venas de pólvora y forjado de cohetes» y «encima Lutero de la misma materia». En el segundo tablado, había cinco pirámides de cohetes, y el castillo lo guardaba un san Ignacio armado, al que estaba destinada la «valiente destrucción de Lutero y sus secuaces». A lo largo de la noche, en efecto, san Ignacio destruía al dragón hereje e infernal en una lluvia de fuego y ruido. La Compañía de Jesús recuperaba en la figura de su santo fundador el privilegio del combate frente a la herejía,

3 Espinosa, *Relación de las solemnes fiestas que se hicieron en Salamanca a la canonización de santa Teresa*, p.28.

objetivo que por otra parte lo identifica muy directamente con los ideales de la monarquía de los Austrias en la persona, en ese momento, de Felipe IV. Así, a todos los santos se los presenta en su vocación particular dentro de la Iglesia.

La canonización de 1622 fue, por tanto, no solo un acto ceremonial aceptado pasivamente por la sociedad, sino una renovación del compromiso de la Corona española, sus súbditos, las órdenes religiosas y, en definitiva, todos los miembros de la Iglesia con la expansión y defensa de la verdadera doctrina católica. Y esto es evidente en la semana de exuberante festejo y alegría que siguió a la noticia de la canonización, fiestas en las que se pusieron en práctica las recomendaciones de Urbano IV en su bula sobre la fiesta del *Corpus Christi*:

«Todo el clero, y el pueblo, gozosos entonen cantos de alabanza, que los labios y los corazones se llenen de santa alegría; cante la fe, tremole la esperanza, exulte la caridad; palpíte la devoción, exulte la pureza; que los corazones sean sinceros; que todos se unan con ánimo diligente y pronta voluntad, ocupándose en preparar y celebrar esta fiesta» (...).⁴

Por eso, más allá de lo anecdótico de este hecho histórico y la importancia cultural o política que se le pueda reconocer, debemos sobrenaturalizar esta canonización y reconocer en ella la Providencia de Dios que, a través de su Iglesia, nos ofrece tan buenos ejemplos en todos los estados de vida cristiana y tan dignos valedores ante Nuestro Señor.

4 Urbano IV, *Transiturus de hoc mundum*, con la que se instituye la fiesta del *Corpus Christi*, 11 de agosto de 1264.

Vocación universal a la santidad

Esteban Medina hnssc

Considerar la santidad de la Iglesia, su belleza, el esplendor de la verdad que enseña, su fecundidad... hará que vivamos más unidos en amor a ella, y así vivamos plenamente nuestra vocación a la santidad, de la cual es origen y fuente.

EL Concilio Vaticano II, en la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* volvió a recordar algo que está en el núcleo de la enseñanza evangélica y de la tradición de la Iglesia: la vocación universal a la santidad. **Todo bautizado está llamado a la santidad**, a una participación de la vida divina, que será plena en el Cielo. Por tanto, aunque se trata de una vocación que supera las fuerzas naturales del hombre, por ser universal, es el camino ordinario de todo cristiano.

Volver a considerar esta verdad es especialmente oportuno para elevar nuestro horizonte vital en tiempos de indolencia y aletargamiento. El bautizado encuentra el sentido de su existencia en esta llamada a un fin sobrenatural, que sólo alcanza a través de la Iglesia, dispensadora de los dones de la Redención que brotan del Corazón de Jesús. «No se nos ha dado otro nombre bajo el cual seamos salvos»¹, y esta salvación en Cristo, que se manifiesta en la santidad, la recibimos a través de la Iglesia, su esposa.

Por esta razón, nosotros, miembros de la Iglesia, llamados a participar de su santidad propia, necesita-

mos una comprensión sobrenatural de la naturaleza de la Iglesia. **Considerar la santidad de la Iglesia, su belleza, el esplendor de la verdad que enseña, su fecundidad... hará que vivamos más unidos en amor a ella, y así vivamos plenamente nuestra vocación a la santidad, de la cual es origen y fuente.**

Esta necesidad tiene especial actualidad, ya que en el momento presente de un modo notorio se pretende oscurecer el rostro de la Iglesia, procurando que la Ciudad puesta en lo alto del monte quede oculta. Poner de relieve únicamente los pecados de sus miembros, presentar una visión deformada de su historia, ofrecer una sobreinformación de lo anecdótico y accidental de su jerarquía, mostrar su enseñanza autorizada subordinada al sistema democrático, al pluralismo y a la cultura postmoderna, o aturdirnos con un ruido mediático que dificulta acudir a las fuentes de su doctrina, son algunos de los elementos que apartan nuestra mirada de lo que es el núcleo de santidad de la Iglesia, haciendo que tengamos una visión naturalista, incapaz de percibir como Dios en su Providencia guía la Barca de Pedro en los avatares de

¹ Hch 4, 12.

la historia, derramando a través de ella continuos frutos de santidad.

A lo largo de los siglos son innumerables los ejemplos de hombres y mujeres, de toda raza, lengua, pueblo y nación, pequeños y grandes, que son manifestación de la santidad de la Iglesia. Fruto de esta santidad se han configurado sociedades cristianas, donde las leyes, instituciones y costumbres han sido informadas por el Evangelio, produciendo bienes superiores a toda esperanza².

Y hoy día, a pesar de cómo el mundo globalizado promueve la apostasía, hay lugares en el mundo (especialmente regiones de África y Asia) con un notable crecimiento en el número de bautizados, vocaciones y familias jóvenes, que es paralelo en muchos casos al número de mártires, signo eminente de la santidad de la Iglesia.

Sin embargo, no pensemos que esta visión sobrenatural de la virtud santificadora de la Iglesia nos conduce a tener un optimismo ingenuo, o a señalar meramente elementos positivos y acallar los negativos. Es manifiesto que asistimos a la apostasía y secularización de un Occidente que ha quedado huérfano y estéril. El relativismo dominante imposibilita la búsqueda de la verdad, que absolutamente no debe existir. La educación, las leyes, las costumbres van configurándose progresivamente por la anomía, bajo apariencia de progreso. El hombre, seducido por la economía, por la técnica, y el entretenimiento, llegando a divinizarlos, ha perdido la necesidad de una salvación trascendente, de una mirada providente de Dios, de una connatural referencia a Él teniéndole presente. Y el «humo de Sata-nás» se ha introducido incluso en

2 Cf. León XIII, *Immortale Dei*, n. 9.

ámbitos eclesiales, sembrando confusión e incertidumbre en el depósito de la fe en distintas regiones de Occidente. Por todo ello, es verdaderamente admirable y consolador que en nuestra sociedad, con todo el condicionamiento y fuerza que conlleva que seamos seres sociales, continúen existiendo familias cristianas fieles, manifestación de la santidad de la Iglesia, que, siendo conscientes de que los cauces posi-

La Iglesia, santa y jerárquica, en este momento de la historia, sigue derramando torrentes de gracia, que brotan del Corazón abierto del Salvador, llevando a cumplimiento la vocación del pueblo cristiano: la santidad

bles para la transmisión de la fe a sus hijos no son suficientes ante la magnitud de las dificultades, hacen un acto de abandono y confianza en la misericordia del Corazón de Jesús. Es admirable y consolador que surjan vocaciones de total entrega a Dios en un mundo para el que son totalmente incomprendidas e incluso despreciadas. Es admirable y consolador que la fe de los sencillos se haya preservado a pesar de la influencia omniabarcante de una cultura anticristiana.

La Iglesia, santa y jerárquica, en este momento de la historia, sigue derramando torrentes de gracia, que brotan del Corazón abierto del Salvador, llevando a cumplimiento la vocación del pueblo cristiano: la santidad.

Si profundizamos ahora en qué consiste la santidad, podremos comprender mejor como ésta es el ca-

mino ordinario del bautizado. Para ello nos ayudará recordar aquello que le gustaba destacar a Francisco Canals siguiendo a santo Tomás³: mientras en el orden natural, lo más excelente es lo menos común, en el orden sobrenatural es justamente al contrario. Así por ejemplo, en los grados de perfección entitativa, es menos común en la totalidad de la naturaleza los seres vivientes que los seres inertes, o los seres inteligentes que los seres no provistos de inteligencia. También sucede con los distintos talentos en la naturaleza humana, son pocos los hombres dotados de una excelencia o genialidad intelectual, artística, científica o política. Lo mejor es excepcional y extraordinario, mientras que lo que poseen muchos, lo común, es considerado vulgar y ordinario.

En el orden sobrenatural, ocurre inversamente, ya que la gracia santificante, cuyo «bien en un solo individuo es superior al bien natural de todo el universo»⁴, es lo más común en la vida cristiana, y las demás realidades sobrenaturales a ella se ordenan. Los carismas, el ministerio sacerdotal, los consejos evangélicos se ordenan al desarrollo de la gracia santificante recibida en el bautismo, pues en este orden «lo que es más propio se ordena como a su fin a lo que es más común»⁵, que es lo más excelente.

Esta gracia santificante es la raíz de la caridad, que es la esencia de la santidad a la que estamos llamados, como dice *Lumen Gentium*: «Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la per-

3 Cf. S. Th. I-II, q 111, a. 5, ad 3.

4 S. Th I-II, q. 113, a. 9, ad 2.

5 S. Th. I-II, q 111, a. 5, ad 3.



«Él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelizadores, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo» Ef 4, 11-13

fección de la caridad»⁶. Él nos ha amado primero, y nosotros hemos creído en el Amor que Él nos tiene, y correspondemos con su gracia a su Amor amándole sobre todas las cosas, y amando al prójimo como Cristo nos ama: en esto consiste la esencia de la santidad.

Todo, por tanto, se ordena a la caridad, que es lo ordinario y común de la vida cristiana y lo más excelente, pues sin caridad lo demás no sirve de nada⁷.

De esta forma, en la vida cotidiana de cada día vivimos la vocación divina a la santidad. Ya sea en el sacrificio y entrega ocultos que no brillan a los ojos del mundo; en la abnegada simplicidad de la vida familiar y en el trabajo de cada día ofrecido al Señor; en el gozo de la unión con Dios por medio de la oración y los sacramentos y en el agradecimiento confiado de su Providencia; en reci-

bir con paciencia las adversidades y cruces de la vida, y en la aceptación alegre de nuestra pequeñez; en la donación generosa al prójimo y a su apostolado... En definitiva, en la esforzada y gozosa sencillez sobrenatural de Nazareth.

Santa Teresita y sus escritos, nos guían connaturalmente a vivir y a comprender esta verdad revelada que estamos tratando, la vocación universal a la santidad. Ella nos introduce en el misterio de la Sagrada Familia, Trinidad terrestre, imagen en la tierra de la santidad y el amor de Dios, origen de la salvación del género humano... y al mismo tiempo, misterio totalmente imitable por su cotidianidad y regularidad, pues lo más común y ordinario de la vida humana es la familia. Es notable que aquella que no quería salirse de lo ordinario para que su caminito fuera totalmente imitable⁸, manifestase «en el corazón de mi Madre,

la Iglesia, yo seré el Amor»⁹. Su enseñanza luminosa nos preserva de una deformación, en último término antropocéntrica, de pensar que la santidad es sólo —o al menos más fácil— para una elite, o para algunos hombres y mujeres excepcionales y singulares.

Pidamos al Señor la limpieza de corazón, para tener una visión sobrenatural de la santidad de la Iglesia que opera en las almas a través de la caridad, especialmente en los pequeños, ocultos a los ojos del mundo, y de este modo podremos participar de la alegría del Corazón del Salvador que le hace exclamar: «Te doy gracias, Padre, Señor de Cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeñuelos»¹⁰.

6 *Lumen gentium*, 40.

7 Cf. 1 Cor 13.

8 Santa Teresita, *Últimas conversaciones*, 15.7.1.

9 Santa Teresita, *Historia de un alma*, Ms B, 3 vº.

10 Mt 11, 25.

«La fuerza de los humildes. San Isidro Labrador: padre, esposo y laico santo»*

Francisco Cerro Chaves, arzobispo de Toledo

Os escribo desde el gozo y la esperanza de poder encontrar en este gran santo que es san Isidro Labrador un ejemplo de cristiano laico que intercede por nosotros y, siendo tan popular, hace accesible a los más sencillos las enseñanzas del corazón del Evangelio.

Sus orígenes

EN Mantua Carpetana, Corte de los Reyes de España, que se llama vulgarmente Madrid, en la diócesis de Toledo, nacido de humildes, pero de píos y católicos padres, floreció Isidro en el siglo duodécimo¹. Así comienza la bula de canonización de san Isidro.

La tradición estima que nacería en torno al año 1082 y habría fallecido en 1172. Gregorio XV lo canonizó en 1622. Por lo tanto, estamos en el cuarto centenario de su canonización y en el 850º aniversario de su tránsito. Y es para nosotros una alegría constatar cómo la devoción y el recuerdo de la figura de san Isidro sigue tan viva en la archidiócesis que le vio nacer. Los historiadores apuntan a que este hombre, grande

en todos los sentidos (dicen que medía más de un metro ochenta), sería uno de aquellos mozárabes que tuvieron que reconstruir la España cristiana, cuando Alfonso VI reconquistó Toledo y puso allí la capital del Reino.

El literato **Lope de Vega**, que escribió un gran poema en honor del santo y tres obritas teatrales que glosaban sus virtudes, ha recogido gran parte del acervo que la tradición ha transmitido sobre la vida de san Isidro. Los padres del santo, **Pedro e Inés**, habrían visto nacer a su hijo en el arrabal de san Andrés de la villa de Madrid. Sus padres, pobres en bienes de fortuna, pero ricos en virtud, inculcaron desde los primeros años el santo temor de Dios y la práctica de las virtudes cristianas. La precaria situación económica en que los progenitores de Isidro se encontraban obligó a

¹ Benedicto XIII, bula de canonización de san Isidro.

* Carta pastoral a los sacerdotes, miembros de la vida consagrada y fieles laicos de la archidiócesis de Toledo, «La fuerza de los humildes. San Isidro Labrador: padre, esposo y laico santo». En el 850º aniversario de su tránsito y en el cuarto centenario de su canonización (mayo 2022).



éste a dedicarse desde muy joven a las faenas del campo. Seguro que le pusieron Isidro como un popular nombre apocopado referente al gran san Isidoro de Sevilla.

Es muy probable que fuese mozárabe, ya que este grupo social fue numeroso en tierras toledanas, es decir, del antiguo reino de Toledo, que comprendía también Madrid y Guadalajara. Fueron estableciéndose en los fértiles valles fluviales, dedicándose a la agricultura y sus miembros repartidos en alquerías, aldeas y villas. La mayor parte lo hizo como campesinos independientes o collazos adscritos a la tierra y vinculados a algún señor. En el caso de san Isidro con Juan de Vargas, un *plebes milites*, o sea, un caballero de ascendencia mozárabe que pudo beneficiarse de los repartimientos de tierras de Alfonso VI

gracias a los servicios prestados al Rey durante la toma de Toledo.

Su trayectoria

En el siglo XII, Juan diácono, escribió un código con los hechos más destacados de la vida del santo, que incluían diversos signos y prodigios realizados en vida y que aumentaron la conciencia popular del carácter extraordinario de la vida interior de este hombre. Conservamos ese código, con el relato de los milagros primigenios, a los que posteriormente se asociaron muchas gracias concedidas a los que se encomendaban a su intercesión tras su muerte. En este código, además, se relata la unión de san Isidro con su mujer, también santa. Gracias a este texto, se han averiguado muchas cosas de san Isidro, como que una de

sus primeras profesiones fue la de pocero dentro de la familia Vera y que a lo largo de su vida apreció en todo momento a los animales, como los bueyes con los que desarrollaba su trabajo.

María Toribia, más conocida como santa María de la Cabeza, fue la mujer con la que contrajo matrimonio en el momento en el que se trasladó a Torrelaguna con la invasión de los almorávides en Madrid. Con ella tuvo un hijo llamado Illán.

Solo tres años después, en el 1622, el papa Gregorio XV canonizaba solemnemente al santo labrador, en una ceremonia memorable que unió en el solio de los santos a san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, san Felipe Neri y santa Teresa de Jesús. Ese es el centenario que nos ha movido a recuperar el valor de su figura, y unirnos a la archidiócesis hermana de Madrid en el deseo de su celebración.

Como decía mi hermano en el episcopado, el cardenal Osoro, arzobispo de Madrid, en su convocatoria del año santo de san Isidro: «Sus contemporáneos lo recordaban como ese cristiano que manifiesta con su vida que Dios está cerca de nosotros, que está con nosotros, que está dentro de nosotros. Quizá por eso suenan bien para san Isidro las palabras que san Pablo dedicaba a los filósofos epicúreos y estoicos en el areópago de Atenas, cuando dice que «Dios no habita en santuarios fabricados por manos humanas [...], pues en Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17, 24. 28). Al contemplar a los santos, y en concreto a san Isidro Labrador, vemos la gran estela de luz con la que Dios ha atravesado la historia. ¡Qué luz nos entrega este santo del siglo XII! ¡Qué luz irradió en todos los continentes donde está presente su memoria!»

La irradiación de la santidad familiar

Probablemente, san Isidro es una de esas grandes figuras de la historia de la Iglesia que ha demostrado que «lo pequeño es hermoso», como le gustaba recordar a Chesterton que era una de las grandes enseñanzas del Evangelio. En él se verifica esa verdad que nos ha propuesto el papa Francisco en su hermosa exhortación apostólica sobre la santidad, al proponernos a los santos como esos amigos «que nos alientan y acompañan».²

De las muchas enseñanzas de vida que nos deja san Isidro, querría dejaros unas líneas sobre tres de ellas que, seguramente, le convierten en un referente también para los creyentes de nuestro tiempo. La primera de ellas es el amor en la vida familiar, la segunda es su admirable combinación de austeridad y generosidad a la hora de administrar sus bienes, y la tercera es la educación en la paciencia y la fortaleza con que forjó su templado carácter.

Primacía del amor de Dios

Estando en Torrelaguna, Isidro contrajo matrimonio con una joven del pueblo de Uceda. La historia la conoce con el nombre de santa María de la Cabeza, no porque éste fuese su apellido, sino porque, después de su muerte, su cabeza fue trasladada a una ermita de Nuestra Señora, situada no muy lejos de Torrelaguna. A esta santa se la tributaba culto de tiempo inmemorial, cuando en 1677 la Sede Apostólica lo aprobó, y Benedicto XIV, con decreto de 15 de abril del año 1758, concedió oficio y misa con rito doble para el arzobispado de Toledo, y en dicho decreto la nombra

² Francisco, exhortación apostólica «Gaudete et exsultate», n. 3-5.

santa María de la Cabeza. San Isidro y santa María, lograron una perfecta unión de corazón y alma, de fe y de vida cristiana. Su caridad ilimitada hace que sus contemporáneos ya les admiraran y veneraran como a unos santos, siendo uno de los pocos ejemplos, en la historia de la Iglesia, en que ambos cónyuges, han alcanzando la gloria de los altares.

Probablemente, uno de los secretos de esa vida armónica y feliz del matrimonio santo fuese esa santa costumbre de poner a Dios en el centro de su día a día. Gregorio XV afirma que «nunca saltó para su trabajo sin antes oír, muy de madrugada, la santa misa y encomendarse a Dios y a su Madre Santísima».

De su intensa vida de oración dan incluso testimonio sus acusadores, que ponían en alerta a su amo para acusarlo de holgazán, tal como nos relata el antiguo relato del milagro de los bueyes arando conducidos por dos personajes misteriosos, los ángeles que asistían al santo cuando se veía movido al recogimiento del encuentro con Dios.

Sin tener muchos detalles sobre la vida cotidiana de aquella familia, sabemos, sin embargo, que no faltaron dificultades, en las que Isidro, María e Illán tuvieron que verse separados durante largos períodos por las incertidumbres de los conflictos del momento. No pueden dejar de venirnos a la cabeza la situación de tantos emigrantes y refugiados que hoy día sufren la distancia familiar y la palían como pueden, ante cuyo sufrimiento no puede faltarnos la compasión y la solidaridad cristiana.

Incluso la muerte acechó a su hijo, cuya salvación milagrosa la tradición atribuye a la oración intensa de su padre.

El códice de Juan Diácono, aun tratando casi de forma monográfica

la figura del santo labrador, también se refiere a los esposos, indicando que «formaban una familia cristiana de campesinos, trabajadores, amando a Dios y a su prójimo, pues compartían sus bienes con los necesitados». Oración y caridad son los sólidos cimientos con los que construir ese doble amor a Dios y al prójimo que hace de cada hogar cristiano una «iglesia doméstica», familia de los hijos de Dios que des-

Probablemente, uno de los secretos de esa vida armónica y feliz del matrimonio santo fuese esa santa costumbre de poner a Dios en el centro de su día a día.

de la comunión interior se abre a la universalidad de las necesidades de los hombres.

Austeridad y generosidad

«Tomad, señor, todo el grano. Yo me quedaré con la paja». Esa expresión que popularmente se atribuye al santo, recoge uno de los momentos en que las apreturas de la situación económica movían a su amo a apretar en exceso los trabajos del santo. Toda su vida, san Isidro vivió sin amargura ni lamento una situación de desposesión que transformó en ocasión de agradecimiento y generosidad. Esa misma ofrenda, consciente de que no tenemos nada que no hayamos recibido (1Cor 4, 7), vivida así fue merecedora, ya en vida, de una providencia especialísima de Dios que asistió todas sus necesidades con creces. Isidro es posible que procediera de una familia humilde de agricultores que trabajan en campos arrendados. Isidro no

cultivaba su prado, ni su viña; cultivaba el campo de Juan de Vargas, ante quien cada noche se descubría para preguntarle: «Señor, ¿adónde hay que ir mañana?».

Y con ese sentido admirable de la confianza en la Providencia a través de los medios ordinarios, vivió una vida de trabajo noble y honrado en la que no faltaba su atención a las necesidades de los pobres, aun siendo también pobre como ellos.

El santo nos enseña a vivir en esa santa dependencia de Dios que no nos impide hacer lo que está en nuestra mano para colaborar con Él en la obra de la Creación, como administradores más que como dueños, y para procurar atender las necesidades que aparecen en nuestro camino. Nos narran cómo cada puñado de siembra salía de la mano de Isidro bendecido antes de ser arrojado. No soportaba la pobreza, ni incluso de los animales como las aves o los insectos, a los que según dicen, también repartía puñados de siembra. Las crónicas también recogen su gran caridad para con los pobres necesitados, a quienes diariamente hacía partícipes de su sencilla y frugal mesa. Todo ello habla muy alto de la nobleza de su alma y de la reciedumbre de su espíritu castellano y profundamente evangélico.

El secreto de san Isidro era ese deseo de hacer lo ordinario extraordinariamente bien. Y siempre, sacando fuerza de la oración y la unión con Dios. El papa Francisco nos advierte contra los riesgos del «pelagianismo» y el «gnosticismo» al intentar vivir nuestra vida cristiana. Os recomiendo la lectura de esas páginas de la exhortación del Papa³.

Las palabras de las bienaventuranzas que nos recuerdan la felicidad

de los que son «pobres de espíritu» también están en el corazón del Evangelio, y constituyen un programa de vida que configura nuestro corazón con el Corazón de Cristo.

Fortaleza y mansedumbre

Todos los biógrafos subrayan las pruebas que debió pasar san Isidro a causa de las maledicencias y desprecios de muchos de sus contemporáneos.

¡Qué bien entendió Isidro estas palabras de Jesús!: «No es el siervo más que su amo. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán, si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra» (Jn 15, 20). En medio de sus di-

En medio de sus dificultades y cruces, Isidro labró una personalidad templada, llena de paciencia y fortaleza, que servía para afrontar sus trabajos y cimentar su vida en el Señor.

ficultades y cruces, Isidro labró una personalidad templada, llena de paciencia y fortaleza, que servía para afrontar sus trabajos y cimentar su vida en el Señor.

También hoy, nuestro tiempo nos pone a prueba en muchas ocasiones.

De hecho, el papa Francisco ha señalado como una de las características de los santos de esta época la paciencia y la mansedumbre: «Desde esa firmeza interior es posible aguantar, soportar las contradicciones, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos:

“Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?” (Rm 8,31). Esto es fuente de la paz que se expresa en las actitudes de un santo. A partir de tal solidez interior, el testimonio de santidad, en nuestro mundo acelerado, voluble y agresivo, está hecho de paciencia y constancia en el bien. Es la fidelidad del amor, porque quien se apoya en Dios (*pistis*) también puede ser fiel frente a los hermanos (*pistós*), no los abandona en los malos momentos, no se deja llevar por su ansiedad y se mantiene al lado de los demás, aun cuando eso no le brinde satisfacciones inmediatas» (*Gaudete et exsultate*, n. 112).

Decían los padres del desierto que la esencia de la santidad es la mansedumbre de corazón, que se alcanza en la fidelidad del seguimiento de Cristo. Y esa característica que irradia san Isidro es muy digna de imitar, siguiendo la invitación del mismo Señor, que nos dejó como indicación primera de la vida espiritual precisamente esa: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso» (Mt 11, 29).

Estos tres rasgos de la personalidad virtuosa de san Isidro son un buen programa de vida evangélica para todos los fieles cristianos de nuestros días. Pero quiero fijarme de forma particular en las enseñanzas que este gran santo deja para las gentes del campo, que en una diócesis como la nuestra, eminentemente rural, sigue siendo una parte importante de nuestra comunidad cristiana.

Vida y vocación cristiana en el mundo rural

San Isidro es conocido por ser el patrono de los campesinos y labra-

³ Francisco, exhortación apostólica «Gaudete et exsultate», n. 36-62

dores. El papa Juan XXIII proclamó el patronazgo de san Isidro sobre los agricultores españoles en la bula «*Agri culturam*» el 16 de diciembre de 1960. Esta declaración sirvió para extender su culto a muchas localidades agrícolas, no sólo de España, sino del mundo entero.

San Juan XXIII escribía entonces: «El cultivo del campo lo enaltecieron siempre, con máximas loas, los autores eclesiásticos y profanos, aun los ajenos a la religión cristiana. De él no dudó afirmar el sapientísimo doctor san Agustín: «de todas las ocupaciones, es la más sana y honesta» (*De Haer. ad quidvultdeum*, 46; *RL*. 3 7). Y en el más egregio de los escritores antiguos, se lee: ‘Esa vida rural que tú llamas agreste, es maestra de moderación, diligencia y justicia’ (*Cic. pro Rosc.*, 75).

»Considerando, pues, diligentemente todas estas cosas y recogiendo a la vez los deseos de las Hermandades de Labradores, nuestro amado hijo Enrique, de la Santa Iglesia Romana, presbítero, cardenal Pla y Deniel, arzobispo de Toledo, nos suplicó que proclamásemos a san Isidro celestial patrono de todos los labradores de España,



El milagro del pozo de Alonso Cano (s. XVII)

ya que este santo, varón humilde y sencillo, aparece ante ellos como ejemplar luminoso, simultaneando con las faenas del campo, que realizaba diligentemente, el ejercicio eximio de la obediencia y de la caridad. Y así, Nos mismo, que hemos nacido de familia dedicada a la agricultura, oficio «el mejor, el más fecundo, el más dulce y el más digno del hombre, aun del hombre libre»

(*Cic. Off.*, 1, 42), con el mayor placer hemos determinado acceder a estas peticiones»⁴.

Dejaba así el Papa Bueno testimonio de sus mismos orígenes agrícolas, y enaltecía la dignidad de esta imprescindible labor del ser humano.

⁴ En *Acta Apostolicae Sedis* 53 (1961), p. 357-358.

Los santos: un bien para toda la sociedad

«Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos».

Lumen gentium, 40

Santa Teresa, maestra de oración

Eliseo García

Entre las muchas cosas que nos enseña la Doctora de la Iglesia, es muy importante lo que nos dice sobre la oración. Por eso podemos hacerle una petición, como la hicieron los apóstoles con el Señor, «Madre Teresa, enséñanos a orar».

NO sólo los apóstoles sino toda la Iglesia, vuelve una y otra vez la mirada al Señor y le vuelve a decir: «**Maestro, enséñanos a orar**» (Lc 11,1). Y una y otra vez el Señor nos enseña, con sus palabras y ejemplos, el gran arte de dirigirnos al Padre, de escuchar su voz, de conocer mejor los sentimientos de su Sagrado Corazón, para que los hagamos nuestros en la realidad de nuestro quehacer diario: «Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús» (Fil 2,5). Este pedirle al Señor que nos enseñe a orar es propio de todo buen discípulo, pedirse-lo a su Maestro, y en este caso, es un privilegio del que goza absolutamente el Señor. Pero, esto no quita en absoluto que podamos también recibir enseñanzas sobre la oración de otros maestros, y alguno de ellos que fue enseñado por este mismo Maestro, como lo fue santa Teresa de Jesús. Como otros santos también maestros de oración, lo son porque han recorrido ya el camino, porque fueron iluminados por el Espíritu Santo y nos ayudan a adentrarnos y profundizar en ese trato de amistad con el Señor, que es la oración.

Yo pienso que a todos nos gustaría tener con frecuencia un diálogo espontáneo con Dios, en el que le hablásemos de nuestra vida, de nuestros trabajos, de nuestras ilusiones, o sobre nuestros problemas, dudas... Pero la verdad es que no siempre lo conseguimos. Puede ser incluso que hayamos desistido de intentarlo, porque pensamos que «no es para mí». Yo creo que dentro de los muchos maestros que el Señor ha suscitado, a lo largo de estos veinte siglos de historia de la Iglesia, tiene un lugar muy importante santa Teresa como maestra de oración. Sobre todo porque al leer sus textos, lo que ella nos dice, no cabe duda que no deja indiferente a nadie, y, con su experiencia pone en nosotros el deseo. Y podemos hacerle esa petición, como la hicieron los apóstoles con el Señor, de pedirle a esta gran maestra de oración: «**Madre Teresa, enséñanos a orar**».

¿Por qué puede ser la santa maestra de oración?

Puede serlo porque ella fue enseñada y rezaba desde niña: «pro-



Canonización de santa Teresa en Roma. (Anónimo, 1622)

curaba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario...» (Vida 1,6).

- **Es maestra, porque tuvo la triste experiencia de vivir sin oración:** «Parecíame era mejor andar como los muchos..., y rezar lo que estaba obligada y vocalmente..., y que engañaba a la gente, porque en lo exterior tenía buenas apariencias» (Vida 7,1). De hecho llegó a dejar la oración. «Estuve un año, y más, sin tener oración...» (Vida 7,11).

- **Es maestra, porque nos aconseja a nosotros:** Ella consciente de este peligro, nos dejó textos para que, si estamos en situación parecida, pongamos remedio. «Quisiera decir las muchas veces que en este tiempo falté a Dios, por no estar arrimada a esta fuerte columna de la oración» (Vida 8,1-2). «Miren esto, por amor de Dios... Sepan que el tiempo que estuve sin ella era mucho más perdida mi vida» (Vida 19,11).

- **Y es maestra, porque tuvo buen Maestro, y fue buena discípula:** Sí, porque para ser maestro hay que haber sido buen discípulo y ella lo fue: Encontró el «libro vivo» que le enseñó todo lo que debía saber y hacer:

«... y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca o casi ninguna necesidad he tenido de libros» (Vida 26,5). «Recoge el alma todas las potencias y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con más brevedad a enseñarla su divino Maestro» (Camino de perfección 28,4).

- **Como maestra de oración, lo hace en varias ocasiones:**

Introdujo en la oración a su padre, don Alonso: «Como quería tanto a mi padre, deseábale con el bien que yo me parecía tenía con tener oración que me parecía que en esta vida no podía ser mayor que tener oración, y así, como pude, comencé a procurar con él la tuviese» (Vida 7,10-11).

En su monasterio de la Encarnación, inició en la oración a un alto número de amigas admiradoras suyas: «Es tan grande el aprovechamiento de su alma en estas cosas..., que más de cuarenta monjas tratan en su casa (monasterio) de grande recogimiento», testifica uno de sus asesores (BMC 2,131).

En su epistolario hay cartas de inicio a la oración a su hermano Lorenzo.

En el *Libro de la vida* se entabla constantemente el diálogo con «los cinco que al presente nos amamos en Cristo» (Vida 16,7), y que eran un pequeño grupo de oración formado en torno suyo.

Pero el grupo de oración en que más plenamente ejerció ella su magisterio fueron las monjas reunidas en su primer carmelo de San José de Ávila. No más de media docena en un principio. Formaban una comunidad orante. Más aún, comunidad contemplativa. Para ellas escribe su manual de pedagogía de la oración, el

Camino de perfección, en realidad un libro de avisos y consejos. «Sabiedo las hermanas de este monasterio de San José cómo tenía licencia de mi confesor, para escribir algunas cosas de oración..., muchas personas espirituales y santas, me han importunado les diga algo de ella» (*Camino de perfección*. Prólogo 1).

- **Y es maestra, porque aconseja recurrir a otros maestros:** «El Señor lo enseñe a las que no lo sabéis, que de mí os confieso que nunca supe qué cosa era rezar con satisfacción hasta que el Señor me enseñó este modo» (*Camino de perfección* 29,7). Y a san José. «Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo por maestro y no errará en el camino...» (Vida 6,8).

Como buena maestra nos deja un modo muy sencillo de rezar

No me extraña su interés por enseñar a rezar, porque ella reconoce, «se ve claro que por aquí (la oración) se remediaron todos mis males» (Vida 8,8). «Sólo digo que para estas mercedes tan grandes que me ha hecho a mí, es la puerta la oración.

Cerrada ésta, no sé cómo las haré» (Vida 8,9).

-. «Tener compañía. Representad al mismo Señor junto a vos» (Camino de perfección 5,1). Era una práctica de presencia, de estar con Él, de hablarle, de mirarle, de escucharle, tratando de amistad y tratando de vivir con Él y para Él.

Rezar es algo tan sencillo, ¡no lo compliquemos! solamente consiste en «traerle a nuestro lado y conversar con Él». Lo que la Santa aconseja: «Después de santiguaros, procurad, pues estáis solas, tener compañía. Pues ¿qué mejor que la del mismo Maestro? Representad al mismo Señor junto a vos, y mirad con que amor y humildad os está mirando. Si os acostumbraís a traerle junto a vos, no le podréis, como dicen, echar de vos» (Camino de perfección 5,1).

Cuánto ella se ha sentido enseñada por el Maestro, cuánto ha experimentado la necesidad de tener contacto con el Señor para hacer oración, y esto nace del concepto que tiene de la oración como «trato de amistad». Para hablar íntimamente con una persona hay que tenerla cerca.

Sobre todo –dirá ella– hay que entender que oración es algo más que palabras y pensamientos dichos a Dios. Es amistad. Dios es amigo. Oración es «tratar de amistad con quien sabemos nos ama», esto es lo principal, tratar con alguien. Muchas veces tenemos sobrada experiencia de que perdemos el tiempo en la oración porque no procuramos traer este contacto desde el principio, lo cual, no impide que vengan luego las distracciones, pero será más fácil volverse a recoger con Él al tenerlo presente. Lo que la Santa aconseja: «Hacia la oración de este modo: como no podía discurrir con

el entendimiento, intentaba representarme a Cristo dentro de mí y me encontraba mejor, creo, en los lugares donde le veía más solo. Me parecía que estando solo y afligido, como persona necesitada de compañía, me admitiría a mí» (Vida 9,4).

«Tratad con Él como con padre y como con hermano y como con señor y como con esposo; a veces de una manera, a veces de otra, que Él os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle».
Camino de perfección 28,3).

Es el trato con Él, quien va a llevarla a querer estar muchas veces a solas con quien sabe que la ama.

-. «No os pido más que le miréis» (Camino de perfección 26,3). Esto les decía a sus religiosas, tiene que llevar a un trato de amor, donde se crezca en conocimiento de la persona del Maestro y de lo que somos nosotros. Si llamamos al Señor es para ocuparnos de Él en ese rato en la oración. Por tanto, hay que poner en Él los ojos, y somos libres de mirarle en el misterio que más nos guste, o el más parecido a la situación que estemos viviendo en ese momento.

La Santa nos dice lo que ella hacía: «Si estáis alegre, miradle resucitado; que sólo imaginar cómo salió del sepulcro os alegrará. Mas ¡con qué claridad y con qué hermosura! ¡Con qué majestad, qué victorioso, qué alegre!» (Camino de perfección 26,4). Así lo contempla ella tal vez en Pascua.

«Si estáis con trabajos o triste, miradle camino del Huerto: ¡qué aflicción tan grande llevaba en su alma! O miradle atado a la columna,

lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos por lo mucho que os ama; tanto padecer, perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado de ellos, sin nadie que vuelva por Él, helado de frío, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podéis consolar. O miradle cargado con la cruz. Miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, sólo porque os vayáis vos con Él a consolar y volváis la cabeza a mirarle» (Camino de perfección 26,5).

Desde su experiencia, dice a sus monjas de San José: «Tratad con Él como con padre y como con hermano y como con señor y como con esposo; a veces de una manera, a veces de otra, que Él os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle. Dejaos de ser bobas; pedidle la palabra, que vuestro Esposo es, que os trate como a tales, que está el Señor dentro de nosotras y allí nos estemos con Él» (Camino de perfección 28,3).

Y ese sentirnos junto a Él ya es oración, aunque no formulemos expresamente ninguna palabra.

-. **Le podéis vos decir, que no sólo queráis mirarle, sino que os holguéis de hablar con Él** (Camino de perfección 26,6). Dirigirle también alguna palabra de amor. Basta recordar un misterio y en él representarse a Jesús, fijando sobre Él la mirada que nos introduzca y hablarle: «Le podéis decir, si se os ha enternecido el corazón de verle tal, que no sólo queráis mirarle, sino que os holguéis de hablar con Él, no oraciones compuestas, sino de la pena de vuestro corazón, que las tiene Él en muy mucho» (Camino de perfección 26,6).

Podemos ver, solo en este texto, de entre los muchos que podíamos citar, que nos enseña a rezar de verdad.

Haciéndolo así, como nos enseña la Maestra de oración, nos encontraremos desde el principio en la sustancia de la oración, que consiste en este contacto del alma con el Señor: «Tener compañía. Representad al mismo Señor junto a vos». Miradle en sus misterios («no os pido más que le miréis»), según la situación personal que estemos viviendo. Y hablar con Él, dirigirle también alguna palabra de amor («sino que os holguéis de hablar con Él»). Una buena síntesis de oración de contemplación y vocal. «Que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (*Vida* 8,5).

La Santa insiste en observar que, naturalmente, **no se excluye la necesidad de algún esfuerzo para conseguir esto**: «Al principio cuesta esfuerzo, pero cuando la persona se ha acostumbrado, se suaviza el esfuerzo. Después ocurre lo contrario, pues lo que entonces cuesta es tener que abrir los ojos» (*Camino de perfección* 28,7).

Vale la pena esforzarse un poco para advertir esta presencia divina, cualquiera que sea el grado de oración al que hayamos llegado.

Si alguna vez nos acercamos a la oración un poco distraídos por varias circunstancias, haremos lo que podamos por recogernos, para ponernos de nuevo en la presencia de Dios. Por eso la Santa, la Maestra, indica algunos medios para conseguirlo.

El primero: «Lo que podéis hacer para ayuda de esto, procurad traer una imagen o retrato de este Señor que sea a vuestro gusto; no para traerle en el seno y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con Él, que Él os dará qué le decir» (*Camino de perfección* 26,9).

El segundo: «**También es gran remedio tomar un libro bueno, aun para recoger el pensamiento**» (*Camino de perfección* 26,10). Un libro que hablé de Él.

Quizás con estos textos de la Santa, y su mala experiencia de haber dejado en un momento concreto la oración, nosotros, igual que ella,

«Para ir a Dios, creedme, y no os engañe nadie en mostraros otro camino sino el de la oración»
(*Camino de perfección* 21,6).

nos convenzamos de no dejarla si la hacemos, y de comenzar en serio si no hacemos nada o poco tiempo de oración. «De lo que yo tengo experiencia puedo decir, y es que por muchos pecados que haga quien la ha comenzado (oración), no la deje, pues es el medio por donde puede tornarse a remediar, y sin ella será muy más dificultoso. Y quien no la ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien» (*Vida* 8,5).

Rezando se podrá llegar a Dios: «Para ir a Dios, creedme, y no os engañe nadie en mostraros otro camino sino el de la oración» (*Camino de perfección* 21,6).

Rezando se pueden pasar mejor los trabajos de la vida: «¿Por qué lo han de dejar? Por cierto, si no es por pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y por cerrar a Dios la puerta para que en ella no les dé contento. Ciertamente, los tengo lástima, que a su costa sirven a Dios; porque a los que tratan la oración el mismo Señor les paga, pues por un poco de trabajo da

gusto para que con él se pasen los trabajos» (*Vida* 8,8).

Rezando se pueden alcanzar virtudes para arrancar vicios. «**La oración es principio para alcanzar todas las virtudes y cosas que nos va la vida comenzarla todos los cristianos**» (*Camino de perfección* 6,3).

Reconoce la Santa, que hasta el demonio sabe que el sacerdote, el religioso, el laico que reza, tiene muchas posibilidades de convertirse. «**Sabe el traidor que alma que tenga con perseverancia oración la tiene perdida** y que todas las caídas que la hace dar la ayudan, por la bondad de Dios, a dar después mayor salto en lo que es su servicio: ¡algo le va en ello!» (*Vida* 19,4).

Las palabras celebres de la Santa nos acaban de dar el remedio cuando estamos llenos de ocupaciones y no encontramos un rato para encerrarnos y orar. En última instancia lo que vale es el amor. «**No haya desconsuelo cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores; entended que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor ayudándoos en lo interior y exterior**» (*Fundaciones* 5,8).

Pidámosle esa gracia a santa Teresa en este año jubilar con motivo de los 400 años de su canonización, que hace que sea un motivo tan especial porque la Iglesia la declaraba Santa. Y siendo después doctora de la Iglesia, la pone como ejemplo de doctrina segura, que entre otras muchas cosas que nos enseña, es muy importante lo que enseñan sobre la oración. Por eso le pidamos: «Madre Teresa, enséñanos a orar». Y al ser tiempo de gracia por estar en jubileo, con cuánta mayor razón estará ella muy atenta a escuchar y conceder nuestros ruegos.

La santidad en los Ejercicios Espirituales. El consejo de Pío XI

Francisco Recabarren hnssc

El año 1929 papa Pío XI publicó la célebre encíclica Mens Nostra sobre la importancia de los Ejercicios Espirituales en la vida y misión de la Iglesia convencido de que esta práctica era fundamental para la renovación espiritual, social y cultural de Europa y del mundo.

FALTABA poco tiempo para la Navidad del año 1929 cuando el papa Pío XI publicó la célebre encíclica *Mens Nostra* sobre la importancia de los Ejercicios Espirituales en la vida y misión de la Iglesia. Había sido un año convulso (y convulsos serían los siguientes): en septiembre la bolsa de Nueva York había hecho «crack», los nacionalismos nazi y fascista crecían en Alemania e Italia, el comunismo ateo se hacía fuerte con los quinquenales de Stalin... y el mundo occidental materialista y ateo conducía al orbe entero a la segunda guerra mundial. Curiosamente Pío XI responde invitando a toda la Iglesia (obispos, sacerdotes, consagrados, familias, obreros, jóvenes y anciano etc) a hacer Ejercicios Espirituales: «Señores, hagan y aprovechen diligentemente los Ejercicios Espirituales»... Así, como «fruto hermosísimo de la total pacificación de cada uno consigo mismo y con Dios, se podría esperar la mutua pacificación de las almas y de los pueblos (n^a1)».

Lo cual es ya una profunda enseñanza de cómo se enfrentan y remedian los conflictos sociales, fa-

miliares, culturales etc que hoy día intoxican el alma cristiana de cualquier fiel del mundo, especialmente en Europa. Antes de cualquier proyecto de renovación de la cultura cristiana, el papa Pío XI nos aconseja vivamente hacer Ejercicios Espirituales. «Pues para curar esta enfermedad que tan reciamente aflige hoy a los hombres, ¿qué remedio y qué alivio mejor podríamos proponer que invitar al piadoso retiro de los Ejercicios Espirituales a estas almas débiles y descuidadas de las cosas eternas?».

Entre los muchos métodos y maneras de practicar Ejercicios el Papa se detiene en el librito de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio que «sobresalió y resplandeció como código sapientísimo y completamente universal de normas para dirigir las almas por el camino de la salvación y de la perfección».

Ejercicios para «en todo amar y servir a su divina Majestad

El libro de los Ejercicios Espirituales no es un tratado especulativo-dogmático; tampoco un libro



de sentencias piadosas; ni siquiera una composición de meditaciones bonitas acerca de Dios, el mundo, el alma etc. **Los Ejercicios son un tratado práctico-práctico.** Meditaciones, contemplaciones, instrucciones etc que bajo la acción y guía

Los Ejercicios son un tratado práctico-práctico que bajo la acción y guía del Espíritu Santo ordenan el alma hacia su fin último.

del Espíritu Santo ordenan el alma hacia su fin último: la gloria de Dios por la caridad, la vida en Cristo militando en la Iglesia. Y aunque puede decirse lo mismo de cualquier método de ejercicios espirituales, el Papa reconoce que hay algo en el orden y composición del «librillo de Manresa» que los hace «código sapientísimo para orientar hacia la perfección» ¿Qué elementos encon-

tramos en los Ejercicios que los hacen tan especiales a juicio del Papa? Nos atrevemos a poner cuatro elementos claves en su comprensión que los hacen especialmente aptos para dirigir a las almas en el camino de la santidad.

1. «Gustar y ver qué bueno es el Señor»

San Ignacio por los Ejercicios hace al alma gustar a Dios como su perfección y a Cristo como su camino. El ejercitante no solo medita, sino que toca y saborea en sus afectos la santidad, que es la caridad, la unión con Dios. El librillo de Ignacio habla al entendimiento presentando la verdad del hombre en cuanto tal; pero al mismo tiempo presenta esa misma verdad a los afectos y a la voluntad: a los primeros para que la gusten y se aficionen a ella, a la segunda para decidirse a caminar según ella reconociéndola como su bien; porque para ser bueno resulta más eficaz disfrutar del bien que, que nos hablen del mismo.

La inspirada pedagogía igna-

ciana invita al ejercitante a pedir a Dios probar su dulzura para que en pocos (pero intensos) días I) guste interiormente la «semilla de su vida divina infinita y luminosa», (II) se aficione a su sabor y (III) la persiga hasta que arraigue completamente en su persona. Cuando las potencias del hombre, por la acción de Dios, han gustado lo último y definitivo (la voluntad de Dios y Dios mismo), entonces comienza a brillar el orden interior: el fin (el Creador) se hace medida de todas las cosas y gustos, criterio de discernimiento de la vida humana (familiar, laboral, económica etc); mientras los medios (todo lo creado) quedan en su justo lugar: ordenado al servicio del fin.

De tal forma el fruto que nos manda pedir san Ignacio va más allá de un mero convencimiento intelectual de las verdades de fe, o de una decisión más o menos firme de abandonar el pecado. Pedimos eso, y mucho más: la verdadera transformación de los deseos del corazón para configurar con Cristo toda la vida; se pide a Dios la vivencia profunda del

misterio de Cristo en nosotros: «ser tenido por vano y loco con Cristo que primero fue tenido por tal». Y así, por ejemplo, si el *Principio y fundamento* (pórtico de los Ejercicios) nos convence de lo propio de la naturaleza humana, orientada a la gloria de Dios, y la primera semana busca arrancarnos del pecado y detestarlo como «asquerosa pus», a partir de la segunda semana el alma pide y busca intimidad con Cristo y su obra redentora para que el misterio de Cristo vuelva a hacerse presente en ella por la caridad.

2. Conocimiento interno de Cristo

De esta manera podemos entrar en el segundo elemento de los Ejercicios que dan sentido a la recomendación del Papa en *Mens Nostrae*. En la médula del camino espiritual se encuentra Cristo Resucitado con su humanidad eficaz y santificadora. Ahí está el secreto: los Ejercicios «aficionan» a Cristo. Las virtudes crecen en la medida que crece la caridad, forma de todas ellas. Y san Ignacio, buen soldado y mejor estrategia, sabe que la manera más eficaz de mover la voluntad a la caridad es simplemente el trato de amistad, la conversación amena y sencilla, la sonrisa y las lágrimas compartidas. El camino de las cuatro semanas va abriendo paulatinamente el Corazón de Cristo para el alma, y el alma, si es diligente y atenta, no puede resistirse a esta invitación de amor de su Creador y Señor; el hilo de meditaciones y contemplaciones «abre las palabras bíblicas, los misterios de la vida de Jesús y las fórmulas de fe» para transparentar la realidad que esconden: Cristo Resucitado que ofrece su amistad «de corazón». Hay una misteriosa fuerza escondida en las meditaciones y contemplaciones

ignacianas que empuja continuamente hacia la intimidad con Cristo, seguramente inspirada en las iluminaciones místicas que Dios concedió a san Ignacio junto al río Cardoner, cuando ya escribía los primeros bocetos de su libro de Ejercicios.

3. «Ver a Christo Nuestro Señor, Rey eterno, y delante de Él todo el universo mundo»

Sin embargo, la intimidad de «corazón a corazón» no sería fecunda ni propiamente católica sin referencia a la idea-fuerza que unifica y atraviesa los Ejercicios: el servicio y culto a Cristo, sumo capitán de los buenos y cabeza de la humanidad redimida. La veneración a Cristo Rey marca el ritmo de los Ejercicios seduciendo el alma del ejercitante a servir a la empresa de su Rey: convertir a todos los infieles para así entrar en la gloria del Padre caminando bajo la pobreza, el oprobio y la humildad;

La veneración a Cristo Rey marca el ritmo de los Ejercicios seduciendo el alma del ejercitante a servir a la empresa de su Rey: convertir a todos los infieles para así entrar en la gloria del Padre caminando bajo la pobreza, el oprobio y la humildad.

en pocas palabras: recorriendo el camino de la cruz. Junto con la caridad que se inflama por la unión a Dios, y la fe que se alimenta por la amistad con Cristo, la esperanza se enciende al contemplar a Cristo Señor y Rey que lucha por la salvación de la humanidad pecadora, e invita personalmente a la misma batalla para combatir bajo su bandera. Sin

duda, la realeza y señorío verdadero de Cristo tal como los presenta san Ignacio tiene una importancia invaluable en la comprensión del fervor misionero en la Iglesia a partir del siglo XVI; no podría explicarse la llegada del Evangelio a todas las esquinas del mundo por obra de misioneros jesuitas o cercanos a la espiritualidad ignaciana sin esta espiritualidad de Cristo Rey que empapa los Ejercicios.

4. La vera sposa de Christo Nuestro Señor, que es la nuestra sancta madre Iglesia hierárquica

Por último, la Iglesia. San Ignacio quiere llevarnos a la elección de «lo que Dios quiere, quitando toda afección desordenada». Esa elección de vida es en la Iglesia; no es puramente individual, aislada, aunque comprometa al individuo personalmente. No se puede servir al ideal de Cristo Rey, ni vivir la intimidad de «corazón a corazón» sino en la Iglesia, depositaria de la presencia sacramental de Cristo y administradora de su Palabra. De ahí el último documento del libro de Ejercicios: «Sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener se observen las siguientes reglas». Y aunque se trata de una serie de normas concretas de cómo vivir en la Iglesia manifiestan un espíritu sin el cual no podría vivirse la santidad, incoada y gustada en los Ejercicios. La unión con Cristo se vive en el interior de la Iglesia y en comunión con ella; nadie puede sentir con Cristo y pelear bajo su bandera fuera de la «vera esposa», porque Cristo ha querido ligar la eficacia salvífica de su humanidad y el depósito de su Revelación a la comunidad reunida bajo la autoridad sacramental de los sucesores de Pedro y los apóstoles. Pero

aún más, la Iglesia hace presente a Cristo, y Cristo se identifica con su Iglesia, como si fuese la extensión

Al final solo vale el método capaz de adentrar al hombre en su verdadera felicidad, que es Dios


de su propio cuerpo, por lo cual la actitud respecto a sus manifestaciones (candelas, indulgencias, cantos, votos, novenas, reliquias, teología positiva y especulativa etc) debe ser siempre de respeto y alabanza. En san Ignacio, quizás también por esa especial iluminación junto al Cardener, hay un sentido muy hondo de lo que significa la encarnación: la gracia de Dios llega a nosotros por las cosas más bajas, sencillas y concretas, a través de la mediación de la Iglesia.

5. Conclusión. La prueba del algodón

Cuenta san Ignacio en su *Autobiografía* que mientras estaba en Venecia, poco tiempo antes de comenzar la Compañía, dedicaba su tiempo a dar los Ejercicios, y uno de los ejercitantes, el bachiller Hoces, aunque al principio desconfiaba de la «integridad doctrinal» de Ignacio finalmente se decidió a hacerlos, «ayudándose notablemente en ellos» y resolviéndose a dejarlo todo para seguir a Jesucristo. Poco tiempo después el bachiller Hoces murió, y san Ignacio desde Roma tuvo una visión que lo veía ya triunfante en el Cielo. El bachiller Hoces había entrado en la escuela de san Ignacio, que le hizo de antesala del Cielo. Era la prueba del algodón. Y no fue un caso aislado: vendrían innumerables «alum-

nos» que entrarían en el cielo por la escuela de Ignacio; varios declarados santos: Francisco Javier, Pedro Fabro, Francisco de Borja, Claudio la Colombière, y un largo etc. Ahí esta la prueba de que el papa Pío XI acertaba. La única respuesta a la catástrofe cultural y humana de cualquier época es la santidad, como el

único fin del hombre es el Cielo. Al final solo vale el método capaz de adentrar al hombre en su verdadera felicidad, que es Dios; miles de santos dan prueba (la prueba del algodón) de que los Ejercicios realmente introducen al hombre en el maravilloso pero difícil negocio de la santidad.



CURIA GENERALIZIA DELLA COMPAGNIA DI GESÙ

31 de agosto de 2022

Sr. D. José María Alsina Roca.
 Presidente nacional de *Schola Cordis Iesu*
 c/. Duran i Bas, 9, 2º piso
 08002 BARCELONA
 Spagna

Estimado D. José María:

Le agradezco su carta del pasado 13 de julio en la que me agradecía la consagración de la Compañía con sus obras apostólicas al Sagrado Corazón de Jesús y me expresaba también la adhesión de *Schola Cordis Iesu* a dicho acto.

La celebración del Año Ignaciano nos ha recordado la profunda experiencia espiritual de san Ignacio de Loyola durante el proceso de su conversión hasta alcanzar la de gracia de poder “ver nuevas todas las cosas en Cristo”. Roguemos al Sagrado Corazón para que nuestra mirada sea siempre profunda, solidaria y evangélica para saber detectar y responder a los retos y necesidades del mundo actual.

Mis mejores deseos para todas las actividades de la asociación *Schola Cordis Iesu* y que el Señor les siga bendiciendo con su gracia en su importante servicio eclesial.

Un cordial y fraterno saludo en el Señor,


 Arturo Sosa, S.J.
 Superior General

Renovación de la consagración de la Compañía y de todas sus obras apostólicas al Sagrado Corazón de Jesús

Mn. Joan Rodríguez Gómez
Director diocesano del AO-RMOP de Barcelona

Carta dirigida a todos los miembros y amigos del Apostolado de la Oración en la que se comunica la intención de renovar la consagración de la Compañía y de todas las obras apostólicas al Sagrado Corazón.

EL próximo 31 de julio, según se nos ha comunicado, con ocasión de la clausura del Año Ignaciano, el Superior General de la Compañía de Jesús, el padre Arturo Sosa S.J., renovará la consagración de la Compañía y de todas sus obras apostólicas al Sagrado Corazón. Haciendo un breve relato histórico, ya en diciembre de 1871 el padre Beckx, Superior General, consagra la Compañía al Sagrado Corazón de Jesús y en 1883 los padres jesuitas de la 23ª Congregación General aprobaron el decreto 46 en el que se decía «que la Compañía de Jesús acepta y recibe con un espíritu desbordante de gozo y de gratitud, la suave carga («*munus suavissimum*») que le ha confiado Nuestro Señor Jesucristo de practicar, promover y propagar la devoción a su divino Corazón». En 1896 el padre Luis Martín, Superior General, acepta ser el Director general del Apostolado de la Oración, tal como lo pidió la Sagrada Congregación de los Obispos. En 1915, la 26ª Congregación General de los jesuitas vincula la promoción de la devoción al Corazón de Cristo con el desarrollo del Apostolado de la Oración, y en 1972, el padre Pedro Arrupe, S.J., Superior General, cien años después del padre Beckx, renueva la consagración de la Compañía al Corazón de Cristo. Ahora, en el presente año 2022, cincuenta años más tarde, el día de san Ignacio, el 31 de julio, el padre Arturo Sosa, S.J., actual Superior General, volverá a consagrar la Compañía al Sagrado Corazón, y el Apostolado de la Oración, ya como Red Mundial de Oración del Papa, siempre se ha sentido como fruto



del *munus suavissimum* del Corazón de Jesús a la Compañía de Jesús. Con tal motivo nos hemos dirigido desde Barcelona al Director nacional del AO-RMOP para manifestarle nuestra adhesión a dicho acto. Los socios, simpatizantes y amigos del AO-RMOP que lo deseen, desde el lugar que se encuentren en dicha fecha, se pueden unir personal o espiritualmente a dicha consagración, que se rezará en la iglesia del Sagrado Corazón de Barcelona de la calle Caspe (también en otras iglesias de la Compañía de Jesús) en todas las misas del día 31 de julio de 2022, fiesta de san Ignacio de Loyola. La fórmula que se utilizará será la compuesta por el padre Arrupe:

«Oh Padre Eterno:

Mientras oraba Ignacio en la capilla de La Storta, quisiste tú con singular favor aceptar la petición que por mucho tiempo él te hiciera por intercesión de Nuestra Señora “de ser puesto con tu Hijo”. Le aseguraste también que serías su sostén

al decirle: “Yo estaré con vosotros”. Llegaste a manifestar tu deseo de que Jesús, portador de la Cruz, lo admitiese como su servidor, lo que Jesús aceptó dirigiéndose a Ignacio con

Renovamos la consagración de la Compañía al Corazón de Jesús y la nuestra propia y te prometemos la mayor fidelidad pidiendo tu gracia para continuar sirviéndote a ti y a tu Hijo con el mismo espíritu y el mismo fervor de Ignacio y de sus compañeros.

estas inolvidables palabras: “Quiero que tú nos sirvas”. Nosotros, sucesores de aquel puñado de hombres que fueron los primeros “compañeros de Jesús”, repetimos a nuestra vez la misma súplica de ser puestos con tu Hijo y de servir “bajo la insignia de la

Cruz” en la que Jesús está clavado por obediencia, con el costado traspasado y el corazón abierto en señal de su amor a ti y a toda la humanidad. Renovamos la consagración de la Compañía al Corazón de Jesús y la nuestra propia y te prometemos la mayor fidelidad pidiendo tu gracia para continuar sirviéndote a ti y a tu Hijo con el mismo espíritu y el mismo fervor de Ignacio y de sus compañeros. Por intercesión de la Virgen María, que acogió la súplica de Ignacio, y delante de la Cruz en la que Jesús nos entrega los tesoros de su corazón abierto, decimos hoy, por medio de Él y en Él, desde lo más hondo de nuestro ser: “Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me lo disteis; a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta”. ¡Que Dios nos bendiga para seguir viendo nuevas todas las cosas en Cristo! Unidos en el Corazón de Jesús».

«Munus suavissimum»

Declaramos que la Compañía de Jesús acepta y recibe con ánimo rebosante de alegría y gratitud el suavísimo encargo a ella confiado por el mismo N.S. Jesucristo de practicar, fomentar y propagar la devoción a su divinísimo Corazón. Se ha de decretar que la fiesta del sacratísimo Corazón de Jesús se considere en la Compañía como una de las más solemnes, y que se celebre todos los años con el mayor esplendor posible. También que en este día, el acto de consagración prescrito por nuestro reverendo Padre General hace pocos años, por el cual toda la Compañía se ha consagrado al sacratísimo Corazón de Jesús, sea renovado en todas nuestras casas. Se ha de determinar que el 5 de diciembre del año próximo, en el centenario del día en que fue establecida la Congregación Prima Primaria de Nuestra Señora, la Compañía, del mismo modo que se ha entregado y consagrado solemnemente al Sagrado Corazón de Jesús, igualmente se entregue y se consagre enteramente al Inmaculado Corazón de la Bienaventurada Virgen María, al cual la Compañía ha venerado siempre, venera y venerará por siempre como dulcísima Madre.

Decreto 46 de la Congregación General XXIII de la Compañía, 1883

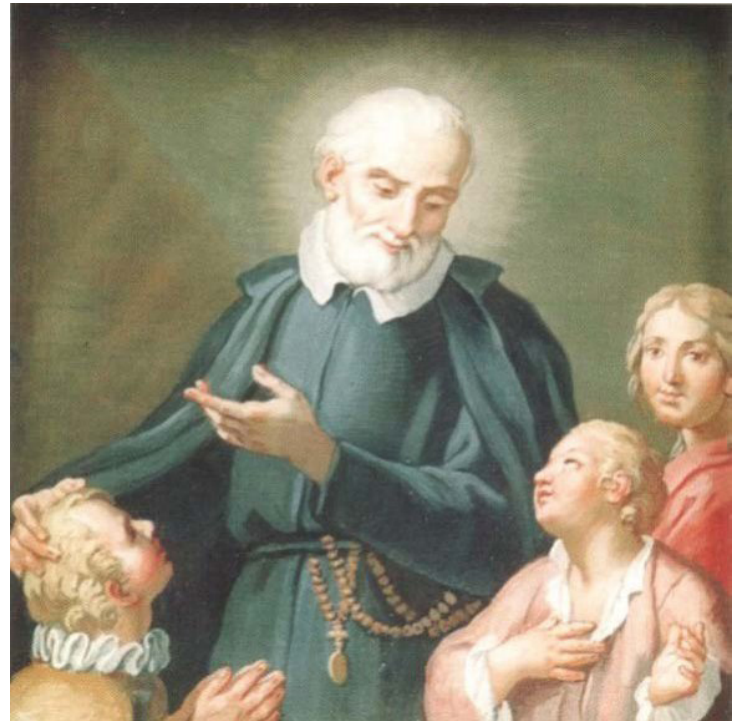
La misión de san Felipe Neri descrita por el cardenal Newman

San John Henry Newman, *La misión de san Felipe Neri*, Didaskalios, 2021

FELIPE nació en Florencia en 1515. Su padre, quien alternaba su profesión liberal con la de notario, mantenía gran amistad con los dominicos. Felipe Neri recibió muchas de sus primeras enseñanzas religiosas de los frailes dominicos del monasterio de San Marcos de Florencia. En tiempos posteriores, solía decir: «Lo que hubiera de bueno en mí cuando era joven se lo debo a los padres del convento de San Marcos de Florencia».

Volviendo a su juventud: a la edad de dieciocho años dejó Florencia para siempre, yendo primero a una ciudad del reino de Nápoles y, después de casi dos años, a Roma, donde vivió durante sesenta años sin ir nunca más allá del circuito de las Siete Iglesias.¹ Allí murió cuando estaba a punto de cumplir ochenta años. Diréis, hermanos míos, que es un resumen simple de una vida particularmente carente de peripecias o aventuras. Sin embar-

¹ Se refiere a siete grandes basílicas romanas: San Pedro, San Pablo Extramuros, San Sebastián, San Juan de Letrán, Santa Cruz de Jerusalén, San Lorenzo Extramuros y Santa María la Mayor), etapas de un peregrinaje tradicional que san Felipe hizo suyo en su juventud romana y que luego se convirtió en la famosa «Visita a las Siete Iglesias» del Oratorio, con un gran número de participantes y con san Felipe al frente. Cf. Antonio Cistellini, San Filippo Neri. *Breve storia di una grande vita* (San Paolo, Roma 2007) 41-42.



go, aunque en toda su larga vida solo hizo un viaje, le sacó provecho y, por pocas que fueran, las oportunidades que le brindó fueron instrumento para la formación de su mente y para la dirección de su futura trayectoria. El pupilo florentino de santo Domingo fue a caer bajo la inspiración de san Benito en el territorio de Nápoles y cuando llegó a Roma conoció en persona, de carne y hueso, a san Ignacio.

Benito, Domingo e Ignacio: estos son los tres venerables patriarcas

cuyas órdenes se reparten todo el transcurrir de la historia cristiana. Felipe estuvo sucesivamente bajo la enseñanza de los tres.

El glorioso propósito de los hijos de santo Domingo era dar forma a todo el material del conocimiento humano en un sistema armonioso para asegurar la alianza entre religión y filosofía y para entrenar a los hombres en el uso de los dones de la naturaleza a la luz de la divina gracia y de la verdad. Se requería la disolución y la reconstrucción de la sociedad para dar una oportunidad a tan gran idea. Y, por ello, la Orden de Predicadores floreció después de que hubiese desaparecido el Imperio antiguo y que el caos que le había seguido desembocara en la creación de un mundo nuevo. Justamente en la época de san Felipe estaba en marcha un esfuerzo violento por parte de los poderes del mal por separar esta sublime unidad y colocar el ingenio humano –el filósofo y el poeta, el artista y el músico– en contra de la religión.²

Y por eso, si Felipe estaba destinado, como lo estaba, a jugar un papel importante en la causa de Dios, era preciso que se empapara de la gran idea de aquella orden. Fue necesario que fijara profundamente en su interior, como objetivo de su vida, ese único propósito de someter este mundo variado, multiforme y multicolor a la unidad del servicio divino. Quiero decir que hay santos cuya misión radica preferentemente en separar uno del otro el mundo y la verdad, mientras que la de otros radica en acercarlos. La de Felipe fue esta última. Por tanto, recibió junto a los padres de San Marcos una adecuada y razonable formación elemental. Y, asegurada esta, fue en-

viado «sin saber adónde iba» a otros tutores y al escenario destinado a sus labores para hacer un trabajo como el de santo Domingo, a pesar de que él no iba a ser un dominico.

3. Después se acercó hasta san Benito. Dice su biógrafo que «no lejos de San Germano», la ciudad a la que había sido enviado Felipe, «hay una famosa montaña que, según una tradición popular muy antigua, es una de las que se abrió cuando murió nuestro Salvador. Pertenece

Benito, Domingo e Ignacio: estos son los tres venerables patriarcas cuyas órdenes se reparten todo el transcurrir de la historia cristiana. Felipe estuvo sucesivamente bajo la enseñanza de los tres.

a los padres benedictinos de Montecassino, que tienen allí una iglesia dedicada a la Santísima Trinidad. Esta montaña se rasgó de arriba a abajo en tres enormes grietas y en la del medio, la más escarpada, hay una pequeña capilla sobre una roca. Está custodiada por los monjes y en ella hay pintado un crucifijo al que saludan los marineros con sus cañones al pasar. Aquí Felipe tenía la costumbre de retirarse en oración para meditar la Pasión del Señor».

(...) Así, todo lo que rodeaba a Felipe le remitió a tiempos de sencillez, pobreza, persecución y martirio; a tiempos de paciencia, de trabajos escondidos y alegres, de servicio humilde y gratuito; a tiempos anteriores a que la Cristiandad hubiera conseguido producir literatura o que la teología se hubiera

convertido en una ciencia; cuando ninguno que no fuese santo se había sentado en la cátedra de san Pedro; cuando el libro de la naturaleza y el libro de la gracia eran los instrumentos que guiaban el conocimiento y el amor. Esa era la escuela de san Benito. Tampoco este padre querido y venerable abandonaría al joven peregrino, ni siquiera cuando tocaron a su fin los dos años de permanencia en su vecindad. Porque, si una directa llamada divina lo condujo a Roma, puedo decir que fue san Benito, en realidad, quien eligió dónde encontraría descanso Felipe. Porque lo dirigió a aquellas antiguas basílicas, cementerios y catacumbas de la Ciudad Santa que hablaban de los primeros monjes y de la religión primitiva, y ya sabéis que las frecuentó y que prácticamente vivió en ellas durante diez años o más después de la fecha de su salida de Florencia.

Y con esto terminó la segunda etapa de la educación de san Felipe. Así como de santo Domingo recibió el fin que debía perseguir, de san Benito aprendió cómo perseguirlo. Debía seguir las intenciones de Savonarola, pero no al modo de Savonarola, sino, más bien, según el espíritu y los modos de aquellos primeros religiosos de los que san Benito es el representante arquetípico. Aquellos primeros religiosos vivían en comunidades que eran independientes unas de otras, no congregadas bajo un gobierno común; se asentaban en un lugar y más allá de él no tenían obligaciones; los votos no eran un elemento indispensable para su estado; tenían poco o nada que hacer en asuntos eclesiásticos o en políticas seculares; no tenían un gran plan de acción para fines religiosos; dejaban que cada día hiciera su trabajo tal y como venía; vivían en oscuridad y ponían un especial empeño en la oración y en la

² La Reforma protestante, que separa naturaleza y gracia, razón y fe.

meditación; eran simples en sus formas de culto y aceptaban libremente a laicos en sus fraternidades. En tales peculiaridades reconocemos al Oratorio de San Felipe.

(...) **Después de un tiempo volvió al mundo y allí encontró y conoció al tercer gran patriarca que he nombrado: a san Ignacio, que entonces estaba en Roma.** Este santo memorable había establecido su Sociedad allí durante el largo retiro de Felipe y ahora estaba cerca de él para que pudiera escucharlo y consultarlo por un período de once años, hasta que murió. ¿Qué hizo, por tanto, san Ignacio por Felipe? Cualquiera puede ver que hay un notable parecido en la enseñanza práctica de ambos y eso en materias en las que esta enseñanza contrasta con lo que era más frecuente antes y durante su época. No hay duda de que en tradición teológica san Felipe estaba con santo Domingo, mientras que en la cura de las almas estaba con san Ignacio: inculcar seriamente la religión interior, cierto recelo por todo ceremonial formal, insistencia en la obediencia más que en los sacrificios, en la disciplina de la mente más que en los ayunos o cilicios, en la mortificación de la razón y en esa iluminación y libertad de espíritu que vienen del amor. Además, la suave y amable indicación hacia el confesionario, confesiones y comuniones frecuentes, especial devoción hacia el Santísimo Sacramento. Estas son peculiaridades de una particular escuela de la Iglesia y san Ignacio y san Felipe eran sus maestros. Desde los tiempos de san Benito se había abierto una gran distancia entre el mundo y la Iglesia y era muy difícil llegar a la santidad sin hacerse religioso. San Ignacio y san Felipe, por el contrario, coloca-

ron a la Iglesia en medio del mundo y aspiraron a llevar bajo su yugo ligero a tantos hombres como pudieran. Ambos, por supuesto, actuaron bajo la guía divina pero, como vivieron en el mismo tiempo y en el mismo lugar, es natural pensar que, humanamente hablando, uno tomase su tradición del otro; y como san Felipe era el más joven, es natural pensar que fuera él quien la tomara de san Ignacio. Por tanto, ya que san Felipe aprendió de Benito *qué ser* y de Domingo *qué hacer*, permitidme exponer cómo aprendió de Ignacio *la manera de hacerlo*.

(...) Pero hacía falta vivir en Roma para entender lo que fue realmente su influencia. Nada era demasiado elevado ni demasiado bajo para él. Enseñó a pobres mendigos la práctica de la oración mental, sacaba a los chicos a jugar, protegió huérfanos e hizo de maestro de novicios con los hijos de santo Domingo. Fue maestro y director espiritual de artesanos, mecánicos, cajeros de la banca, comerciantes, orfebres, artistas y hombres de ciencia. Fue consultado por monjes, canónigos, abogados, médicos y cortesanos. Desde damas de la más alta alcurnia hasta convictos camino de la ejecución atrajeron su solicitud y sus oraciones. Hubo cardenales esperándolo a la puerta de su habitación y papas que le pidieron su ayuda milagrosa en la enfermedad y su asistencia en la hora de la muerte. Su misión no fue salvar a los hombres del mundo, sino salvarlos en el mundo. Para quebrar la altivez del rango y la esclavitud de la moda dio a sus penitentes mortificaciones públicas. Para sacar a los jóvenes de los teatros abrió su Oratorio de Música Sacra. Para rescatar a los negligentes del carnaval y sus excesos salía en peregrinación a las

Siete Basílicas. A los que amaban la lectura, en lugar de los libros de caballería y de las dañinas novelas de la época, les acercó cada día las verdaderas historias de amor y la celestial poesía de las vidas de los santos. Para hacer frente a las herejías de la época puso a uno de sus discípulos a escribir historia; a otro, a ocuparse

No hay duda de que en tradición teológica san Felipe estaba con santo Domingo, mientras que en la cura de las almas estaba con san Ignacio.

de las notas de la Iglesia; a un tercero, a estudiar a los mártires y las antigüedades cristianas. Porque, a pesar de que en las charlas y devociones del Oratorio ordenaba la simplicidad de los primeros monjes, deseaba que sus hijos, individualmente y en privado, cultivaran sus dones al máximo, aunque, después de todo, él era su verdadero modelo: sacerdote humilde que huye de cualquier tipo de dignidad, puesto o cargo de importancia y que vive en oración la mayor parte del día y de la noche, en su habitación o en el tejado de la casa³.

Y cuando murió, una continua oleada de gente, dice su biógrafo, fue a ver su cuerpo durante los dos días que permaneció en la iglesia, besando su ataúd, tocándole con sus rosarios o anillos, llevándose mechones de pelo o las flores esparcidas sobre él. Y entre la multitud se escuchaba a gentes de todo rango y condición.

³ A san Felipe le gustaba contemplar el cielo y sumergirse así en la oración.

Celo misionero de san Francisco Javier

El 24 de junio de 1549, en el junco de un pirata chino, embarca Javier rumbo al Japón con el P. Cosme y el Hno. Juan Fernández. Después de una navegación terrible de unos cuatro mil kilómetros, entre tormentas y piratas, llegan el 15 de agosto, fiesta de la Virgen, a la ciudad japonesa de Kagoshima. Ese mismo día, quince años antes, había hecho Javier sus votos en Montmartre. San Francisco Javier vive en Japón veintisiete meses, de agosto de 1549 a noviembre de 1551.



GRANDE es la consolación que llevamos en ver que Dios Nuestro Señor ve las intenciones, voluntades y fines por que vamos a Japón. Y pues nuestra ida es solamente para que las imágenes de Dios conozcan a su Criador, y el Criador sea glorificado por las criaturas que a su imagen y semejanza crió, y para que los límites de la santa Madre Iglesia, esposa de Jesucristo, sean acrecentados, vamos muy confiados que tendrá buen suceso nuestro viaje. Dos cosas nos ayudan a los que en este viaje vamos, para vencer los muchos impedimentos que el demonio pone por su parte: la primera es ver que Dios sabe nuestras intenciones; la segunda, ver que todas las criaturas dependen de la voluntad de Dios, y que no pueden hacer cosa sin permitirlo Dios.

Hasta los demonios están a obediencia de Dios, porque el enemigo cuando quería hacer mal a Job,

pedía licencia a Dios.

Esto digo por los muchos trabajos y peligros de muerte corporal en que andamos metidos con tantos riesgos en estas partes. Este viaje a Japón es muy peligroso, de grandes tempestades, de muchos trabajos y de muchos ladrones, principalmente de tempestades, porque cuando de un puerto de estas partes parten tres navíos, y van los dos a salvamento, es grande acierto.

Mucha diferencia hay del que confía en Dios teniendo todo lo necesario al que confía en Dios sin tener ninguna cosa, privándose de lo necesario, pudiéndolo tener, por más imitar a Cristo. Y así mucha diferencia hay de los que tienen fe, esperanza y confianza en Dios, fuera de los peligros de muerte, a los que tienen fe, espe-

ranza y confianza en Dios, cuando por su amor y servicio, de voluntad se ponen en peligros casi evidentes de la muerte, pudiéndolo evitar si quisieren, pues queda en su libertad dejarlos o tomarlos. Paréceme que los que en peligros continuos de muerte vivieren, solamente por servir a Dios, sin otro respeto ni fin, que en poco tiempo les vendrá aborrecer la vida y desear la muerte, para vivir y reinar para siempre con Dios en los Cielos, pues ésta no es vida, sino una continuada muerte y destierro de la gloria para la cual somos criados» [De la carta n.º.85. A la Compañía de Jesús, (Malaca, Malasia. 22 de junio de 1549)].



Orientaciones bibliográficas

Javier de Miguel

Hahn, Scott; McGinley, Brandon. Madrid, Palabra, 2021

Es justo y necesario

AMBOS apologistas abordan un tema necesario, de una manera poco difundida entre la literatura católica de primera línea editorial, probablemente por la atrayente influencia del personalismo y, en última instancia, de la modernidad política y jurídica, que emergen de la subjetividad y la tendencia a la privatización del llamado «fenómeno religioso». **Se trata de la necesidad natural de que las sociedades se anclen en la religión verdadera, en primer lugar, por un deber de justicia para con el Creador, siendo consecuencia de lo anterior, el carácter vertebrador de su propia supervivencia.** Cabe aclarar, en primer término, que no se habla aquí el lenguaje del maquiavelismo religioso profesado por ciertos ambientes conservadores, es decir, de la consideración del fenómeno religioso en abstracto como simple dique de contención de las pasiones individuales, y por tanto, funcional a la razón de Estado. Por el contrario, los autores hacen referencia, sin ningún género de dudas, a la necesidad de adhesión de las sociedades, igual que los individuos, a la Verdad religiosa, es decir, a la Verdad católica. Lejos, por tanto, cualquier intento de interpretación de la obra en clave de libertad religiosa moderna o laicidad llamada «positiva».

A lo largo de la obra, los autores perfilan con detalle el itinerario filosófico y teológico que justifica el carácter político de la religión (entiéndase, no en el sentido de confusión entre lo político y lo religioso, sino de imposibilidad de una vida social ordenada al margen de la religión), y como no podía ser de otra manera, el carácter religioso de lo político, reflejado en la esencia del gobernante, tantas veces leída en los escolásticos y en nuestro Siglo de Oro hispánico, como vicario de Cristo en las realidades temporales, asistido, por gracia, de todas las virtudes, especialmente las de la religión y la prudencia.

La voluntad que Dios nos ha manifestado no es otra que «instaurare Omnia in Christo». No hay dicotomía ni maniqueísmo posibles. Dios es un Dios encarnado.

El autor comienza con una tesis que puede resultar chocante, aunque no sea más que una conclusión de la recta razón. Puesto que la religión es una virtud que re-liga al hombre con su Creador, del que depende absolutamente, es

a la vez una obligación que nace de la justicia. La justicia es una virtud presidida por la alteridad; luego, el deber de justicia que comporta la religión solamente puede cumplirse, aun imperfectamente, en la fe verdadera. De lo contrario, falta una pata en esa alteridad que constituye el presupuesto de la justicia. Eso siempre que tomemos la religión en su sentido clásico de virtud, y no en su acepción moderna de mero sentimiento religioso, marco en el cual no cabe hablar de justicia, porque no rompe el círculo de la individualidad, ya que nadie puede ser justo ni injusto consigo mismo. Esta tesis, que repugna a la forma *mentis* liberal, no es más que la doctrina católica de siempre, si bien no nace estrictamente con el cristianismo, sino que tuvo como precursores, en sus aspectos puramente filosóficos, a Aristóteles o Cicerón, entre otros.

Por tanto, no se puede hablar, en propiedad, de «religiones» o «tradiciones religiosas», más allá de la mera religión natural como inclinación propia del hombre hacia la trascendencia. Ni tampoco puede concluirse, pues, que Dios quiera positivamente el pluralismo religioso, que es un mal contra el que toda la comunidad política tiene el deber de luchar, aunque la Iglesia enseña que pueda tolerarse prudencial-

mente. La voluntad que Dios nos ha manifestado no es otra que *instaurare omnia in Christo*. No hay dicotomía ni maniqueísmo posibles. Dios es un Dios encarnado.

De manera transversal, el autor desgrana minuciosamente la pánoplia de tópicos y falacias que se construyen alrededor de la supuesta imposibilidad pseudo-metafísica de asumir, por parte de la política, postulados religiosos. Desde la supuesta «neutralidad» del espacio público, a la necesidad práctica de pacificar las naciones al paraguas de la libertad religiosa moderna.

Lo anterior en ningún caso niega que la fe sea un acto libre, lo cual contradiría su propia esencia. Pero afirma que no existe el derecho a profesar el error, y menos aún, a promoverlo desde las instancias políticas, bien sea de forma activa, bien a través del indiferentismo o laicidad que, en todas sus especies, no deja de ser una forma maquillada de aquél. Lógicamente, esta afirmación no puede comprenderse sin un desprendimiento radical de la idea moderna de libertad, como mera posibilidad de elección entre bienes y males, idea que es presupuesto, pero no esencia, como a menudo se cree, de la verdadera libertad.

También resulta esta obra un toque de atención a los católicos que, de manera más o menos consciente, pretenden privatizar su vida religiosa, pretendiendo que las leyes inspiradas en la ley natural y divina constituyen una coacción a las con-

ciencias. El error liberal se muestra, de nuevo, diáfano, igual que su refutación: no se puede, sin faltar a la caridad, dejar de querer para los demás aquello que tenemos la certeza (porque Dios nos lo ha revelado) de que es el bien máximo de todo el género humano. Así, queda de manifiesto por qué el liberalismo es pecado grave, en base a la jerarquía de bienes que transgrede.

Hoy, constatan los autores, el abandono absoluto de las naciones respecto del deber de justicia para con Dios comporta, sin duda, la construcción de ídolos. No hay neutralidad porque, o se cree en Dios, o se cree en las criaturas, siendo el hombre y el mundo, los primeros candidatos. Por el contrario, el carácter contingente, esencialmente heterónimo, e indigno de confianza (por necesitadas de redención), de las realidades terrenas, es el argumento clave que sustenta la necesidad del reinado de Nuestro Señor Jesucristo, que se introduce nominalmente hacia el final de la obra, como quiera que, conceptualmente, es transversal a toda ella.

Hoy se habla, aunque no lo suficiente, y por supuesto, casi nunca en los términos rectos, del bien común. Como bien expresan los autores, la virtud de la religión es constructora del bien común temporal que, no olvidemos, es medio para el sobrenatural, verdadero fin último del hombre. La ley tiene por fin hacer a los hombres virtuosos, y esa condición es la autopista hacia

la salvación. Suplantado esto, los advenedizos (constitucionalismo, ideología de los derechos humanos), son simples sucedáneos autorreferenciales que tratan de llenar el hueco dejado por la virtud de la religión como elemento esencial para la paz, el orden y, por ende, la justicia, en las naciones. Ni la libertad moderna, ni la justicia igualitaria, ni la fraternidad adámica, son sustento suficiente para la sociedad, más bien, son potentes agentes destructores que el Padre de la Mentira se ha apropiado para seducir a las naciones hacia la apostasía, sobre la promesa de la construcción de un hombre imposible, como es el hombre auto-determinado.

No hay neutralidad porque, o se cree en Dios, o se cree en las criaturas, siendo el hombre y el mundo, los primeros candidatos

En definitiva, se trata de una obra que proporciona un elenco de argumentos bien contruidos, y de elevada densidad para nuestra apologetica política, asentados en la firme doctrina católica de siempre. Y, por qué no decirlo, contribuye a alejar de nosotros cualquier atisbo de tentación de conformación, aun moderada, al mundo moderno y a sus premisas secularizantes.





Hemos leído

Aldobrando Vals

Bendiciones a parejas homosexuales o cuando la fe católica se vuelve protestante y gnóstica



Stefano Fontana aborda en La Nuova Bussola Quotidiana, a propósito de la bendición a una pareja de homosexuales en la iglesia de San Lorenzo de Budrio el pasado 11 de junio, cómo este tipo de gestos atacan frontalmente a la doctrina social de la Iglesia. Escribe Fontana:



«¡Bendecir a las parejas homosexuales en la iglesia es acabar con la doctrina social de la Iglesia, anularla haciéndola imposible, negarla en su raíz. Pero cuidado, si la Iglesia hace esto significa que se retira del mundo y deja de querer evan-

gelizarlo, porque para eso está la doctrina social de la Iglesia: para que la Iglesia se quede en el mundo para evangelizarlo. La bendición de las parejas «homo» le quita a la Iglesia el «derecho de ciudadanía» en la plaza pública porque le quita la posibilidad de referirse en sus intervenciones a un orden de verdad que es también natural.

Bendecir a una pareja homosexual, bendecir a dos personas en tanto que pareja... supone negar que en el ámbito del ejercicio de la sexualidad exista un orden finalista que caracteriza la naturaleza de la persona y por tanto sus relaciones. Significa aceptar la sexualidad como una autodeterminación y no como una vocación que nos llama a respetar las inclinaciones naturales y a rechazar las antinaturales. La expresión «inclinación natural» pierde el sentido de una tendencia que responde a los fines de la naturaleza humana (como cuando se dice: «pertenece a la naturaleza humana vivir en sociedad»; o «pertenece a la naturaleza humana buscar la verdad»...) y adquiere el de un impulso instintivo.

Todo esto implica que el orden del matrimonio, la familia, la procreación y la educación (que es una extensión de la procreación) ya no es un orden sino una elección personal basada en la coherencia con uno mismo (autenticidad) y no con algo que nos precede y da sentido a

lo que hacemos (verdad). Los efectos negativos de esta visión no se limitan a los ámbitos que acabamos de ver, sino que son destructores de muchos otros campos de la vida social, porque si el principio germinal de la sociedad –es decir, la pareja– no responde a ningún orden finalista, sino que es una creación artificial de los sujetos a partir de sus pulsiones, todos los demás campos de la vida comunitaria tendrán también la misma estructura, desde el trabajo a la economía, desde la educación a la política. La libertad se separará

«Al bendecir a las parejas homosexuales, se pasa por alto el hecho de que la homosexualidad es una forma de violencia (aunque sea consensual) porque es una herida al orden finalista de la naturaleza humana»

definitivamente de la verdad y adiós doctrina social de la Iglesia.

Al bendecir a las parejas homosexuales, se pasa por alto el hecho de que la homosexualidad es una forma de violencia (aunque sea consensual) porque es una herida al orden finalista de la naturaleza humana, es una instrumentalización técnica mutua. Por lo tanto, acepta que la sociedad se basa en la indiferencia hacia la violencia. A continuación se pasa por alto que esto acaba legitimando la inseminación artificial, los vientres de alquiler y la transformación del niño en una «cosa». Al bendecir a una pareja homosexual, se abre la puerta a prácticas inhumanas, se colabora en la deconstrucción y no en la construcción.

Yendo más allá, se niega el dere-

cho natural y la ley moral natural, que son la base, junto con la revelación divina, de la doctrina social de la Iglesia. La revelación dejaría así de tener un interlocutor veraz en la razón, abandonando el plano natural a sí mismo. El carácter protestante de tal planteamiento es evidente: una fe que ya no pide a la razón la verdad, sino exigencias individuales e infundadas, es una fe que ha perdido ella misma la idea de ser verdadera y que se ha convertido ya en fideísmo.

Si ya no fuéramos capaces de ver el orden de las cosas, entonces las cosas ya no nos hablarían de aquel que las creó. Surge así un conflicto entre las exigencias del Dios Creador y las del Dios Redentor, que es un claro indicio de gnosticismo».

Nuestra vida «sexy»



Peter Leithart, con motivo de la *marcha de su último hijo y un emotivo encuentro familiar* ha escrito en **First Things** una interesante reflexión sobre lo que es el sexo y sus consecuencias:

«Mi mujer y yo nos casamos en otoño, después de licenciarnos en la universidad. Los dos éramos vírgenes. Nuestro primer hijo nació diez meses después, y durante los siguientes quince años tuvimos un hijo cada dos años aproximadamente. Al final fueron más espaciados, y cuando las aguas se calmaron a principios de la década de 2000, teníamos diez hijos, seis niños y cuatro niñas.

Durante más de dos décadas, mi

mujer estuvo embarazada o cuidando a un recién nacido o a un niño pequeño; luego se hizo comadrona y empezó a cuidar a otras mujeres embarazadas y a sus recién nacidos. Comenzamos nuestra vida como padres a principios de los años ochenta del siglo pasado, y nuestro hijo menor se va a la universidad a finales de este mes. Después de casi cuarenta años criando niños, vamos a ser (más o menos) un nido vacío.

Ni mi mujer ni yo íbamos de flor en flor antes de casarnos. Nuestra alma mater, el Hillsdale College, no organizaba festivales de sexo ni fomentaba los experimentos promiscuos (sigue sin hacerlo). Ninguno de los dos tuvo aventuras. Para los patrones actuales, hemos compartido una vida aburrida y poco sexy.

Eso no nos molesta, porque estamos convencidos de que los patrones actuales no saben lo que es realmente el sexo. Nos dicen que el sexo es la experiencia de la pasión extática cuando nos perdemos en la intensidad de nuestro propio placer y el de nuestro amante. El orgasmo se apaga, nos acurrucamos y hablamos (o no), y el sexo se acaba. Pero esto no podría ser más erróneo.

Ningún acto se acaba cuando se acaba. Nuestros actos se escapan de nuestro alcance, extendiéndose más allá de nuestros propósitos y deseos hacia terminaciones que no pretendíamos ni queríamos. Teóricamente, podemos distinguir los actos y las consecuencias, pero en la vida vivida siempre están inextricablemente unidos.

[...] Nuestro impulso de desvincular el sexo de sus consecuencias es una de las distorsiones profundamente inhumanas causadas por el régimen del aborto y la mentalidad anticonceptiva que lo infunde. La tecnología y las «soluciones» fácilmente disponibles



Breakfast II. The Artist's Family, Gustav Wentzel (s.XIX)

nos embrujan, haciéndonos creer que podemos realizar el acto humano más íntimamente personal sin tener que

«Nuestro impulso de desvincular el sexo de sus consecuencias es una de las distorsiones profundamente inhumanas causadas por el régimen del aborto y la mentalidad anticonceptiva que lo infunde»

completarlo en una relación personal continua. Nos hemos convencido de que podemos llevar a cabo el acto que mantiene viva a la especie humana sin tener que preocuparnos por mantenerla viva, incluso con la intención deliberada de no mantenerla viva. El sexo se ha vuelto abortivo incluso cuando no termina con un aborto.

Nos hemos olvidado de para qué sirve el sexo. Sí, es para el placer, y el

placer es un buen regalo de nuestro Padre. Sí, es la expresión más completa de la entrega de sí mismo para la que fueron diseñados nuestros cuerpos conyugales. Pero hemos olvidado que la posibilidad de concebir forma parte del placer del sexo. Los actos sexuales que excluyen este placer más completo son ilusorios, sentimentales y deformantes: implican la experiencia de hacer el acto de concebir sin hacerlo realmente.

El pasado diciembre, toda nuestra familia se reunió en las afueras de Atlanta para la boda de nuestro hijo menor. Mientras luchaba y perseguía a nuestros nietos por el Airbnb, veía a nuestros hijos jugar al ajedrez en una bruma de humo de cigarro, comía y bebía, hablaba con hijos, nietos y suegros, me sentí abrumado por la auténtica abundancia que nos rodeaba. Hace cuarenta años, solo estábamos mi mujer y yo. Ahora hay otros treinta y un seres humanos que no existirían de no ser por nosotros.

La proliferación va más allá de los números. Es una proliferación de proyectos, planes, aspiraciones, logros, dones y talentos; de cenas, fiestas, canciones; de enseñanza y aprendizaje, bromas y risas, conversaciones y debates, adoración y oraciones, pérdidas y lágrimas. Mi mujer y yo hemos dado al mundo un abogado, un par de profesores, más de un escritor, un diseñador de juegos, un músico y un par de cineastas, una asistente ejecutiva que dirige una organización sin ánimo de lucro, una trabajadora social, maridos y esposas, padres y madres, niños y niñas con planes y aspiraciones que se harán realidad mucho después de que mi mujer y yo nos hayamos ido. Si Dios quiere, los Leitharts seguirán proliferando durante mil generaciones.

Esto es lo que la Biblia quiere decir con “bendición”, y todo comenzó con mi esposa y yo manteniendo nuestra promesa de ser “solo para ti”. Hemos vivido la vida “sexy” para la que Dios creó el sexo».



Hace 75 años La abolición de lo esclavitud, obra del catolicismo (Jaime Balmes)

Ibón Elósegui

En septiembre de 1947, hace 75 años, la revista CRISTIANDAD dedicaba el número al tema de la esclavitud, «Una de aquellas... lamentables lacras heredadas del mundo pagano y con las cuales tuvo que enfrentarse el cristianismo».

En los últimos años se han podido ver actos vandálicos contra estatuas de insignes personajes como Fray Junípero Serra, evangelizador mallorquín en tierras californianas y gran defensor de los derechos de los indígenas, así como Cervantes, quien fue esclavo en Argel. Frente a este intento de revisionismo de la historia, dentro de la Iglesia encontramos santos como san Pedro Claver, el gran apóstol de los esclavos en Cartagena de Indias, quien intentó aliviar su sufrimiento apodándose a sí mismo «esclavo de los negros».

Afirma el editorial de ese número:

«Es admirable ver cómo en toda circunstancia la Iglesia con serena y tranquila majestad señala claramente las doctrinas. A buen seguro no es posible hallar mayor oposición que entre los principios de la Iglesia y los de la esclavitud. Al afirmar enérgicamente la igualdad esencial de todos los hombres, todos ellos redimidos por la sangre preciosa de Jesucristo, destinados a ser miembros de su Cuerpo místico, y por lo tanto hermanos, y todos destinados a la eterna bienaventuranza, mina a la esclavitud por su base. Un hermano no puede considerar a otro hermano como una cosa, como un instrumento a su servicio».

En el artículo que presentamos, Jaime Balmes nos recuerda el protagonismo que ha tenido la Iglesia en la abolición de la esclavitud, ya que «Para que el derecho prevalezca sobre el hecho y no se entronice el mando brutal de la fuerza, no bastan las luces, no basta la cultura de los pueblos, sino que es necesaria la religión».

PARA que el derecho prevalezca sobre el hecho y no se entronice el mando brutal de la fuerza, no bastan las luces, no basta la cultura de los pueblos, sino que es necesaria la religión. Allá, en tiempos antiguos, vemos pueblos extremadamente cultos que ejercen las más inauditas atrocidades; y en

tiempos modernos, los europeos, ufanos de su saber y de sus adelantos, llevaron la esclavitud a los desgraciados pueblos que cayeron bajo su dominio. ¿Y quién fue el primero que levantó la voz contra tamaña injusticia, contra tan horrenda barbarie? No fue la política, que quizás no lo llevaba a mal para que así se

asegurasen las conquistas; no fue el comercio, que veía en ese tráfico infame un medio expedito para sórdidas pero pingües ganancias; no fue la filosofía, que, ocupada en comentar las doctrinas de Platón y Aristóteles, no se hubiera quizás resistido mucho a que renaciese para los países conquistados la degradante teoría de las razas nacidas para la esclavitud; fue la religión católica, hablando por boca del Vicario de Jesucristo.

Es, ciertamente, un espectáculo consolador para los católicos el que ofrece un pontífice romano condenando, hace ya cerca de cuatro siglos, lo que la Europa, con toda su civilización y cultura, viene a condenar ahora, y con tanto trabajo, y todavía con algunas sospechas de miras interesadas por parte de alguno de los promotores. Sin duda, que no alcanzó el Pontífice a producir todo el bien que deseaba; pero las doctrinas no quedan estériles, cuando salen de un punto desde el cual pueden derramarse a grandes distancias, y sobre personas que las reciben con acatamiento, aun cuando no sea sino por respeto a aquel que las enseña. Los pueblos conquistadores eran a la sazón cristianos, y cristianos sinceros; y así es indudable que las amonestaciones del Papa, transmitidas por boca de los obispos y demás sacerdotes, no dejarían de producir muy saludables efectos. En tales casos, cuando vemos una Providencia dirigida contra un mal, y notamos que el mal ha continuado, solemos equivocarnos, pensando que ha sido inútil, y

que quien lo ha tomado no ha producido ningún bien. No es lo mismo extirpar un mal que disminuirlo; y no cabe duda de que, si las bulas de los papas no surtían todo el efecto que ellos deseaban, debían de contribuir, al menos, a atenuar el daño, haciendo que no fuese tan desastrosa la suerte de los infelices pueblos conquistados. El mal que se previene y evita no se ve, porque no llega



a existir, a causa del preservativo; pero se palpa el mal existente, éste nos afecta, éste nos arranca quejas, y olvidamos con frecuencia la gratitud debida a quien nos ha preservado de otros más graves. Así suele acontecer con respecto a la religión. Cura mucho, pero todavía precave más que cura, porque, apoderándose del corazón del hombre, ahoga muchos males en su misma raíz.

¿De dónde viene a Europa ese pensamiento elevado, ese sentimiento generoso, que la impulsan a declararse tan terminantemente contra el tráfico de hombres, que la conducen a la completa abolición de la esclavitud en las colonias? Cuando la posteridad recuerde esos hechos tan gloriosos para Europa, cuando los señale para fijar una nueva época en los anales de la civilización del mundo,

cuando busque y analice las causas que fueron conduciendo la legislación y las costumbres europeas hasta esa altura, cuando, elevándose sobre causas pequeñas y pasajeras, sobre circunstancias de poca entidad, sobre agentes muy secundarios, quiera buscar el principio vital que impulsaba a la civilización europea hacia término tan glorioso, encontrará que ese principio era el cristianismo. Y cuando trate de profundizar más y más en la materia, cuando investigue si fue el cristianismo bajo una forma general y vaga, el cristianismo sin autoridad, el cristianismo sin el catolicismo, he aquí lo que le enseñará la historia. **El catolicismo dominando sólo, exclusivo, en Europa, abolió la esclavitud en las razas europeas;**

el catolicismo, pues, introdujo en la civilización europea el principio de la abolición de la esclavitud; manifestando con la práctica que no era necesaria en la sociedad como se había creído antiguamente, y que para desarrollarse una civilización grande y saludable era necesario empezar por la santa obra de la emancipación. El catolicismo inoculó, pues, en la civilización europea el princi-

pio de la abolición de la esclavitud; a él se debe, pues, sí, dondequiera que esta civilización ha existido junto con esclavos, ha sentido siempre un profundo malestar que indicaba bien a las claras que había en el fondo de las cosas dos principios opuestos, dos elementos de lucha, que habían de combatir sin cesar hasta que prevaleciendo el más poderoso, el más noble y fecundo, pudiese sobreponerse al otro, logrando, primero, sojuzgarle, y no parando hasta aniqui-

¿De dónde viene a Europa ese pensamiento elevado, ese sentimiento generoso, que la impulsan a declararse tan terminantemente contra el tráfico de hombres, que la conducen a la completa abolición de la esclavitud en las colonias?

larle del todo. Todavía más; cuando se investigue si en la realidad vienen los hechos a confirmar esa influencia del catolicismo, no sólo por lo que toca a la civilización de Europa, sino también de los países conquistados por los europeos en los tiempos modernos, así en Oriente como en Occidente, ocurrirá, desde luego, la influencia que han ejercido los prelados y sacerdotes católicos en suavizar la suerte de los esclavos en las colonias; se recordará lo que se debe a las misiones católicas y se producirán, en fin, las letras apostólicas de Pío II, expedidas en 1462, y mencionadas más arriba; las de Paulo III, en 1537; las de Urbano VIII, en 1639; las de Benedicto XIV, en 1741, y las de Gregorio XVI, en 1839.

En esas letras se encontrará, ya enseñado y definido, todo cuanto se

ha dicho y decirse puede en este punto en favor de la humanidad; en ellas se encontrará reprendido, condenado, castigado, lo que la civilización europea se ha resuelto al fin a condenar y castigar; y cuando se recuerde que fue también un papa, Pío VII, quien en el presente siglo interpuso con celo su mediación y sus buenos oficios con los hombres poderosos, para hacer que cesase enteramente el tráfico de negros entre los cristianos. No podrá menos de reconocerse y confesarse que el catolicismo ha tenido la principal parte en esa grandiosa obra, dado que él es quien ha fundado el principio en que ella se funda, quien ha establecido los precedentes que la guían, quien ha proclamado sin cesar las doctrinas

que la inspiran, quien ha condenado siempre las que se le oponían, quien se ha declarado en todos los tiempos en guerra abierta con la crueldad y la codicia, que venían en apoyo y fomento de la injusticia y de la inhumanidad.

El catolicismo, pues, ha cumplido perfectamente su misión de paz y de amor, quebrantando sin injusticias ni catástrofes las cadenas en que gemía una parte del linaje humano; y las quebrantaría del todo en las cuatro partes del mundo si pudiese dominar por algún tiempo en Asia y en África, haciendo desaparecer la abominación y el envilecimiento, introducidos y arraigados en aquellos infortunados países por el mahometismo y la idolatría.



San Pedro Claver (1580-1654)



Pequeñas lecciones de historia

San Atanasio (5): el Concilio de Nicea

Gerardo Manresa

EL concilio fue convocado primeramente en Ancira (Galacia), pero se trasladó a Nicea de Bitinia, por ser accesible por tierra y mar y cercana a la residencia imperial de Nicomedia. El obispo de Córdoba, Osio, consejero de Constantino, en aquel momento, presidió las sesiones y los presbíteros Vito y Vicente fueron la representación del obispo de Roma. Aunque se convocó a 1800 obispos únicamente asistieron unos 300, la mayoría de la Iglesia oriental. No faltaron los amigos de Arrio, como Eusebio de Nicomedia, Eusebio de Cesarea y algunos otros.

A parte de otras cuestiones legislativas, la cuestión más escabrosa, como venimos considerando, era el problema arriano. La tendencia arriana, pequeña en número, estaba capitaneada por Eusebio de Nicomedia, el personaje más importante en toda esta controversia. Arrio no era obispo y por tanto no tenía derecho a participar en las deliberaciones del Concilio, pero fue aceptada su presencia.

Alejandro, patriarca de Alejandría, secundado por su diácono Atanasio, representaba a los contrarios a esta doctrina: en ella veían un grave peligro para la fe cristiana y que, por tanto, era necesario condenar. Tampoco era un grupo numeroso. Otro pequeño grupo, probablesmen-

te no más de tres o cuatro, sostenía posiciones cercanas al «patripasionismo», es decir, la doctrina según la cual el Padre y el Hijo son uno mismo, y por tanto el Padre sufrió en la cruz. Los obispos que procedían de la región del Imperio donde se hablaba el latín, Occidente, no se interesaban en la especulación teológica. Para ellos la doctrina de la Trinidad se resumía en la vieja fórmula enunciada por Tertuliano más de un siglo antes: una sustancia y tres personas. La mayoría de los obispos no pertenecía a ninguno de estos grupos. Veían disgustados el enfrentamiento entre Arrio y Alejandro, que amenazaba con dividir la Iglesia ahora que precisamente gozaba de paz. La esperanza de estos obispos, al comenzar la asamblea, parece haber sido lograr una posición conciliatoria, resolver las diferencias entre Alejandro y Arrio, y olvidar la cuestión. Los partidarios de Arrio, que contaban también con las simpatías del emperador Constantino, pensaban que en cuanto expusieran sus puntos de vista la asamblea les daría la razón. Sin embargo, cuando Eusebio de Nicomedia tomó la palabra para decir que Jesucristo no era más que una criatura, aunque muy excelsa y eminente, y que no era de naturaleza divina, la inmensa mayoría de los asistentes reaccionó de forma muy

distinta a lo que Eusebio esperaba. A los gritos de «¡blasfemia!», «¡mentira!» y «¡herejía!», Eusebio tuvo que guardar silencio, en medio de una grave confusión. Entonces Eusebio de Cesarea hizo una proposición intermedia, la de reconocer el símbolo bautismal de su comunidad, que a la vez despejaba cualquier duda sobre su ortodoxia. Pero para evitar equívocos, Alejandro y Atanasio introdujeron un término, casi filosófico, no perteneciente a las Escrituras: «de la sustancia del Padre», *homoousios tō Patri*, con lo que quedaba completamente zanjada la discusión.

Así quedó completado el Credo de Nicea, «Creemos en un Dios Padre Todopoderoso, hacedor de todas las cosas visibles e invisibles. Y en un Señor Jesucristo, el Hijo de Dios; engendrado como el Unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios; luz de luz; Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no hecho; consustancial al Padre; mediante el cual todas las cosas fueron hechas, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra; quien para nosotros los humanos y para nuestra salvación descendió y se hizo carne, se hizo humano, y sufrió, y resucitó al tercer día, y vendrá a juzgar a los vivos y los muertos. Y en el Espíritu Santo».

Y que se completó con el siguiente anatema: «A quienes digan, pues, qué hubo cuando el Hijo de Dios no existía, y que antes de ser engendrado no existía, y que fue hecho de las cosas que no son, o que fue formado de otra sustancia o esencia, o que es una criatura, o que es mutable o variable, a éstos anatematiza la Iglesia católica».

Todos los padres conciliares ratificaron este credo con su firma (19 de junio de 325), excepto Arrio y dos obispos que lo secundaban, Secundo de Tolemaida y Teonás de Marmárica, que fueron enviados inmediatamente al destierro. Pocos meses después, Eusebio de Nicomedia y Teognis de Nicea, cabecillas de los arrianos, retiraron sus firmas. Irritado por este cambio, el emperador Constantino los desterró a ambos a la Galia.

El gran Concilio convocado en esta coyuntura fue algo más que un evento fundamental en la historia del cristianismo. El término no perteneciente a las Escrituras *-homoousion-* para expresar el carácter de creencia ortodoxa en la Persona del Cristo histórico tuvo consecuencias de la más grave importancia. Así la discusión de Nicea continuó durante más de cincuenta años.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración

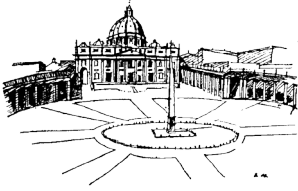


Septiembre. Por la abolición de la pena de muerte.

Recemos para que la pena de muerte, que atenta a la inviolabilidad y dignidad de la persona, sea abolida en las leyes de todos los países del mundo.

Octubre. Por una Iglesia abierta a todos.

Recemos para que la Iglesia, fiel al Evangelio y valiente en su anuncio, viva cada vez más la sinodalidad y sea un lugar de solidaridad, fraternidad y acogida.



Actualidad religiosa

Javier González Fernández

Carta apostólica «*Desiderio desideravi*» sobre la formación litúrgica del Pueblo de Dios

EL pasado 29 de junio –después de haber escrito a los obispos tras la publicación del motu proprio *Traditionis custodes*– el papa Francisco ha querido dirigirse a todo el Pueblo de Dios a través de una carta apostólica para compartir algunas reflexiones sobre la Liturgia, encaminadas a contemplar la belleza y la verdad de la celebración cristiana.

El Santo Padre, a modo de introducción, inicia sus palabras remarcando que la Liturgia constituye verdaderamente un lugar de encuentro con Cristo vivo y que éste es el motivo de toda su poderosa belleza. La salvación traída por Cristo no es sólo histórica sino que se renueva diariamente a través de la Liturgia, que nos garantiza la posibilidad de este encuentro con Él y es el método que la Santísima Trinidad ha elegido para abrirnos el camino de la comunión. Esta comunión con el Señor se inicia con nuestro bautismo, que «no es una adhesión mental a su pensamiento o la sumisión a un código de comportamiento impuesto por Él: es la inmersión en su pasión, muerte, resurrección y ascensión». De esta manera el cristiano, incorporándose a la Iglesia –sacramento del Cuerpo de Cristo–, es capaz de experimentar la plenitud del culto a Dios.

Tras estas reflexiones el Papa llama la atención sobre la importancia del Concilio Vaticano II en el redescubrimiento de la comprensión teológica de la Liturgia y de su importancia en la vida eclesial, invitando a toda la Iglesia a descubrir, custodiar y vivir la verdad y la fuerza de la celebración cristiana. Esta fuerza y belleza de la Liturgia, afirma el Papa, constituye el antídoto más eficaz contra el peligro de la «mundanidad espiritual» alimentada por el gnosticismo y el neopelagianismo pero no debe confundirse con un esteticismo ritual.

Porque, aunque hay que cuidar todos los aspectos de la celebración (espacio, tiempo, gestos, palabras, objetos, vestiduras, cantos, música...) y observar todas las rúbricas, continúa el Santo Padre, esto no sería suficiente para que nuestra participación fuera plena. Faltaría una parte esencial de la acción litúrgica: el asombro –admiración ante la belleza y la verdad– ante el misterio pascual que se hace presente en la concreción de los signos sacramentales, propio de un acontecimiento regalado. Sin embargo, el papa Francisco constata que el hombre posmoderno ha perdido su capacidad de asombrarse, de confrontarse con la acción simbólica característica del acto litúrgico, y aboga por la promoción de una formación litúrgica seria y vital (real implicación existencial con Cristo) para recu-



perar esa capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica según la visión de la Iglesia admirablemente descrita por la *Lumen gentium*.

Y un modo para custodiar y para crecer en la comprensión vital de los símbolos de la Liturgia, afirma el Papa, es cuidar el arte de celebrar, tanto por los ministros ordenados como por el resto de bautizados que participan en la celebración, comprendiendo el dinamismo divino que describe la Liturgia y conociendo la dinámica del lenguaje (y el silencio) simbólico y de los gestos utilizados, su peculiaridad y su eficacia.

El Santo Padre acaba la carta llamando a redescubrir la riqueza de los principios generales expuestos en los primeros números de la *Sacrosanctum Concilium* y a entender el íntimo vínculo entre la *Lumen gentium* y las demás constituciones conciliares que dio lugar a los principios de la reforma litúrgica aprobados por los padres conciliares –*cum Petro y sub Petro*– bajo la guía del Espíritu y según su conciencia de pastores, principios que se materializaron en los libros litúrgicos publicados por los santos pontífices Pablo VI y Juan Pablo II en fidelidad al Concilio. Y añade una última invitación: redescubrir el sentido del año litúrgico y del día del Señor.

Beatifican a Paulina Jaricot, joven fundadora del Domund

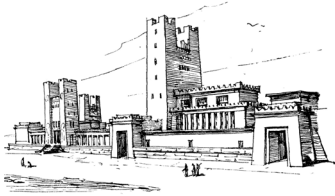
El recinto ferial de Lyon (Francia) acogió el pasado 22 de mayo a más de doce mil fieles de todo el mundo para celebrar la beatificación de Paulina Jaricot (1799-1862), fundadora de la primera de las Obras Misionales Pontificias –la Obra de la Propagación de la Fe, cuyo lema era «una oración y un céntimo para las misiones»–, cuando se cumple su bicentenario, así como el centenario de su elevación, junto a la Obra de la Santa Infancia y a la Obra de San Pedro Apóstol, al rango de «pontificia».

Tras la presentación de la vida de la sierva de Dios por parte del postulador de la causa de su beatificación, monseñor Philippe Curbelié, y la lectura de las letras apostólicas de su elevación a los altares por el cardenal Tagle, prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, la joven Mayline Tran, curada milagrosamente por la nueva beata, y un scout del grupo «Paulina Jaricot» colocaron junto al altar una pequeña cruz regalada a Paulina por el santo Cura de Ars y una reliquia del corazón de Paulina.

En la homilía el cardenal Tagle, que presidió la Eucaristía rodeado de más de quinientos sacerdotes,

afirmó que «Paulina Jaricot es un testimonio vivo del poder del amor a Jesús, un amor que se convierte en identificación con Jesús. Amar a Jesús siendo fieles a su Palabra es un don de Dios, un don del Espíritu Santo. (...) Paulina fue dócil al Espíritu Santo que la impulsaba con nuevas ideas e iniciativas para la difusión del Evangelio y el servicio a los pobres», siendo su labor decisiva para el crecimiento y desarrollo de las Iglesias particulares en Asia, África, América Latina, Oceanía. «Hemos meditado en tres dones –concluyó monseñor Tagle–: el don de la palabra de Jesús, el don del Espíritu Santo y el don de la paz de Jesús. Quien recibe con alegría estos dones se convierte en amante de Jesús, misionero de la Iglesia, hermano de los pobres e instrumento de la fraternidad universal y de paz. La bienaventurada Paulina Jaricot se convirtió en todo esto porque ella acogió los dones de Dios. Ahora es nuestro turno».

En un reciente mensaje a la Asamblea general de las Obras Misionales Pontificias (OMP) el Papa recordó cómo esta joven de 23 años tuvo el valor de fundar una obra que sostuviera la actividad misionera de la Iglesia y unos años más tarde ponía en marcha el «Rosario viviente», una organización dedicada a la oración y a la puesta en común de donativos. Los jubileos mencionados y la beatificación de Paulina Jaricot ofrecieron al Papa la oportunidad de volver a proponer a toda la Iglesia los tres aspectos que marcaron profundamente la vida de la nueva beata y que, gracias a la acción del Espíritu Santo, tanto han contribuido a la difusión del Evangelio en la historia de las Obras misionales pontificias: la conversión misionera: la bondad de la misión depende del deseo de no centrar la vida en uno mismo, sino en Jesús, la oración (primera forma de misión) y la concreción de la caridad en ofrendas y óbolos, que fueron providenciales para la historia de las misiones.



Actualidad política

Jorge Soley Climent

Rechazado el proyecto de nueva constitución en Chile

EL proyecto de nueva constitución chilena elaborado por una Convención constitucional en la que la izquierda era hegemónica fue rechazado en el referéndum del pasado 4 de septiembre. Y además lo fue por una holgada mayoría de más del 60%, un rechazo que ninguna encuesta había anunciado y que supone un fuerte golpe para el presidente Boric y un alivio, al menos momentáneo, para un país que ha sufrido unos últimos años convulsos.

La historia es conocida, empezando por gobiernos de la derecha centrados en la economía que aban-

donaron el campo de las ideas a una izquierda que combina marxismo e indigenismo con una agenda que aspira a entronizar todo aquello que pervierte la ley natural, a lo que hay que sumar una Iglesia en crisis, desacreditada por varios casos notorios de abusos. Luego vino el «estallido social», la campaña de disturbios y terror, con quema de iglesias incluida, que desembocó en la elección de una Convención constitucional con un marcado sesgo ultraizquierdista. La elección de Boric, aliado de los comunistas, parecía una confirmación de que Chile retomaba el camino que hace poco más de medio siglo intentó Salvador Allende. El resultado fue un proyecto de constitución que por un lado se mostraba ridículo y disparatado, pero que por



otro suponía un ataque a los fundamentos de cualquier sociedad sana.

El obispo de San Bernardo, Juan Ignacio González Errázuriz, dirigió una carta a sus fieles muy esclarecedora, en la que señalaba que el proyecto de nueva constitución incluía temas «que son directamente contrarios a la enseñanza cristiana, como la introducción del aborto o interrupción del embarazo (art 61.2), la muerte digna (art.68), que implicará aprobar la eutanasia. En otros aspectos, se desconocen derechos esenciales de los padres, como el que tienen respecto a la educación de los hijos. Se impone una concepción acerca de la sexualidad que es contraria a la enseñanza de la fe cristiana (art. 40). No se considera el derecho a la objeción de conciencia, especialmente en el caso del aborto y se introduce una visión errada y única del hombre y la mujer, fundada en la ideología de género, que es anticristiana». Y concluía: «Dar su voto a un texto que consagra directamente como un derecho el aborto y la eutanasia es cooperar al mal moral y ayudar a su difusión».

Una de las claves del rechazo fue el hecho de que la participación fuera obligatoria (se registró una participación del 85,81 %, un récord de más de 12 millones de electores), demostrando así que la revolución que entrañaba la propuesta de constitución no contaba con el apoyo de las clases populares. De hecho, el rechazo ha sido superior entre los votantes del quintil con rentas más bajas (un 75%) que entre los votantes del quintil con rentas más altas (un 60%). La presunta mayoría popular aplastante que quería enterrar la «Constitución de Pinochet» (que ya ha sido reformada en diversas ocasiones) sencillamente no existe. La idea de un Chile plurinacional (con privilegios para los supuestos

17 grupos indígenas a los que se les permitía tener jurisdicciones propias) poblado por «disidentes sexuales» y en el que reinaría la igualdad entre animales racionales, irracionales y vegetales, solo vive en las mentes de las franjas más ideologizadas de una izquierda que sufre de agudos delirios.

El peligro para Chile, no obstante, no ha desaparecido por completo:

El rechazo ha sido superior entre los votantes del quintil con rentas más bajas (un 75%) que entre los votantes del quintil con rentas más altas (un 60%)

Boric se ha comprometido a intentarlo de nuevo, traicionando así lo que Sebastián Piñera llamó «acuerdo por la paz social y la Constitución», que implicaba que si ganaba el rechazo se mantendría la Constitución vigente.

Medio año de guerra en Ucrania

Ha pasado ya medio año desde que Rusia invadiera Ucrania y no se vislumbra el final de la guerra. Fracasada la rápida ofensiva inicial rusa y tras una fase de durísimos combates por el control de algunas estratégicas ciudades, el frente se ha estabilizado e incluso nos hemos acostumbrado en cierto modo a convivir con este conflicto bélico. A la espera de lo que ocurra en el invierno que se avecina, podemos intentar trazar un balance provisional que nos indique quién gana y quién pierde en esta guerra hasta el momento.

Rusia ha conseguido el control de una amplia región en el este de

Ucrania: no solo el Donbas, la zona con mayor población rusófona donde se desarrollaba una guerra de baja intensidad desde 2014, sino también en la zona alrededor de Crimea, al tiempo que ha conquistado Mariupol y ha convertido el mar de Azov en un lago ruso. Por otro lado, las pérdidas rusas en hombres han sido elevadas, el plan inicial de conquista de Kiev fracasó, lo mismo que ha ocurrido con los intentos de capturar la segunda y tercera ciudad de Ucrania: Jarkov, cerca de la frontera con Rusia, y Odesa, el mayor puerto del Mar Negro. A las pérdidas humanas que algunas fuentes estiman en 80.000 bajas, hay que sumar la erosión del prestigio del ejército ruso y, como reacción a la invasión rusa, el abandono por parte de Suecia y Finlandia de su tradicional neutralidad al solicitar la admisión en la OTAN. El aislamiento diplomático que Occidente ha impuesto a Rusia ha tenido un impacto limitado, especialmente por la posición de China, que no solo no ha secundado el boicot sino que ha intensificado sus relaciones con Rusia.

Por su parte Ucrania ha conseguido resistir e incluso rechazar en algunas zonas la invasión rusa. Esto ha sido posible gracias al sacrificio de numerosos ucranianos, que han desacreditado la opinión de que Ucrania es solo un estado artificial, y al masivo suministro de armamento de última generación, principalmente por parte de los Estados Unidos. Eso sí, el coste en vidas humanas es enorme, la destrucción en ciertas zonas, masiva, el éxodo de ucranianos huyendo de la guerra grande y cuando se escriben estas líneas una quinta parte del territorio ucraniano está en manos de Rusia.

Con Rusia sufriendo numerosas bajas y Ucrania importantes pér-

Situación de la guerra en Ucrania el 23 de agosto



didas, tanto humanas como materiales, pasemos ahora a analizar el impacto de la guerra más allá de los dos contendientes directos.

Europa ha visto agravada la crisis económica de resultados de la guerra (aunque el echarle las culpas al conflicto de cualquier problema se ha convertido en un fácil recurso para gobernantes que no quieren asumir

Por el momento ni Rusia ni Ucrania están saliendo beneficiadas de este conflicto, que amenaza con tener graves repercusiones económicas en Europa

sus responsabilidades) y está aterrada ante la posibilidad de que Rusia cierre el suministro de gas durante el próximo invierno. Una miope política supuestamente ecológica, especialmente en Alemania, ha acabado por hacernos mucho más

dependientes energéticamente de Rusia de lo que sería deseable.

Estados Unidos, por su parte, está sacando provecho económico de la subida de precios de la energía, mientras combate en esta especie de nueva guerra fría con Rusia a través de un ejército interpuesto, el ucraniano, lo que le ahorra la siempre delicada gestión de las bajas humanas. La OTAN se ha reforzado, Rusia ha sufrido un importante desgaste y es hoy más débil que hace seis meses, pero el riesgo de una escalada en el conflicto, no necesariamente nuclear, puede hacer que cambie el escenario drásticamente. La invasión rusa de territorio de las repúblicas bálticas o de Finlandia, bajo el paraguas de la OTAN, desencadenaría un conflicto de dimensiones aún mayores que el actual. Quizás sea el momento de recuperar la doctrina de la contención elaborada por George Kennan durante la Guerra Fría que abogaba por evitar una escalada bélica de consecuencias impredecibles.

Por su parte, la guerra ha signifi-

cado para China el acceso a energía a mejores precios y la recuperación del pacto sino-soviético de los años cincuenta del siglo pasado. Si la gran obra de Kissinger fue quebrar aquel pacto y alejar a China de Rusia, la situación ahora se ha revertido.

Hay que ser prudente a la hora de evaluar una guerra en curso: pueden suceder cambios sustanciales y la información de que disponemos contiene sesgos y propaganda de ambas partes, pero por el momento ni Rusia ni Ucrania están saliendo beneficiadas de este conflicto, que amenaza con tener graves repercusiones económicas en Europa y que ni Estados Unidos ni China parecen tener prisa por acabar. Y que, mientras tanto, sigue destruyendo las vidas de miles de personas atrapadas en esta guerra.

Francia se retira de Mali mientras avanzan los yihadistas

Tras ocho años de presencia militar francesa para erradicar el terrorismo islamista de la región el



Francia retira a sus últimos soldados de Mali

último grupo de soldados franceses de la Operación Barkhane abandonó Mali el pasado 15 de agosto con destino a Níger, donde se han ido estacionando las tropas francesas en retirada desde hace meses. De este modo se pone fin a una misión militar que ha involucrado a más de 5.000 soldados para combatir las actividades de los grupos yihadistas afiliados a Al Qaeda y al Estado Islámico, muy activos en amplios territorios del país desde 2012.

Una vez más, el despliegue de fuerzas militares occidentales sobre el terreno no ha logrado erradicar la yihad. De hecho, en ningún país africano las misiones de mantenimiento de paz y las tropas militares extranjeras han conseguido derrotar a los grupos armados que prosperan en territorios donde los ejércitos gubernamentales, mal equipados y debilitados por la corrupción que contamina todos los estratos del gobierno, son incapaces de asegurar un mínimo de seguridad.

Ante esta situación, tanto en Mali como en Burkina Faso los militares tomaron recientemente el poder en

un golpe de Estado: en enero de 2022 en Burkina Faso y en mayo de 2021 en Mali. En ambos países miles de personas salieron a las calles en Uagadugú y en Bamako para mostrar su apoyo a los militares. Pero las expectativas de que los gobiernos militares pudieran proporcionar mayor seguridad se han desvanecido muy pronto: tanto en Mali como en Burkina Faso han aumentado los atentados yihadistas contra la población y el número de víctimas: en sólo un mes, el pasado marzo, se produjo la cifra récord de 790 civiles muertos en Mali.

La reacción ante el creciente descontento de la población por parte de los nuevos gobernantes ha sido el manido recurso de desviar la ira hacia otros sujetos. Así, las dos juntas militares culparon de la creciente inseguridad a las tropas extranjeras francesas, acusándolas de no haber conseguido derrotar a los grupos yihadistas, algo que es cierto pero en lo que comparten responsabilidad los militares locales. En este contexto, el presidente francés Macron deploró, a finales de julio, las masa-

res de civiles llevadas a cabo por los militares malienses (cientos de muertos solo en la ciudad de Moura) a lo que la Junta militar reaccionó con el tópico recurso de acusar a Francia de neocolonialismo, paternalismo y racismo. El siguiente paso ha sido la retirada de las tropas francesas del país.

Además de la persistencia del yihadismo que se nutre del vacío de poder en amplias regiones y de las lealtades religiosas y tribales, la confrontación con Rusia está jugando un importante papel en la reconfiguración del escenario político africano. Ya desde el proceso de descolonización la Unión Soviética jugó un importante papel en estos países, alimentando el resentimiento contra Occidente. Ahora

Ahora Rusia vuelve a ser el principal aliado de los gobiernos militares que se presentan como contrarios a un supuesto neocolonialismo.

Rusia vuelve a ser el principal aliado de los gobiernos militares que se presentan como contrarios a un supuesto neocolonialismo. Pero mientras el país se debate entre la influencia occidental o rusa, los yihadistas no cesan de ganar posiciones: a mediados de julio consiguieron llevar a cabo un atentado a pocos kilómetros de la capital, Bamako, en una región que hasta ahora apenas se había visto afectada por el terrorismo y el 7 de agosto atacaron la ciudad de Tessit, matando a 42 soldados. Francia, gobiernos militares, Rusia... todos se muestran incapaces de frenar un avance que no augura nada bueno para la región.

BALMES

LIBRERÍA

¡La mejor librería religiosa en Barcelona!



Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades



Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas



Servicio inmediato de venta online



Acceso a la hemeroteca de CRISTIANDAD



Servicio de suscripción a nuestra revista



Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

BALMES

PLUS

¡Efectúa un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año!

Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.



info@balmeslibreria.com



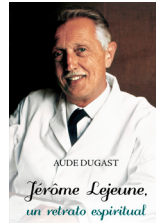
balmeslibreria.com



682 856 468



93 317 80 94



Jérôme Lejeune, un retrato espiritual

Dugast, Aude

Editorial: Palabra

272 páginas

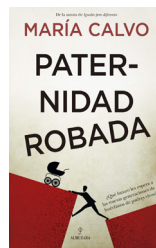
Precio: 19,90 €

El postulador de la causa de canonización de Jérôme Lejeune, Aude Dugast, resalta en esta biografía el carácter heroico de las virtudes del genetista francés, así como su legado espiritual e intelectual que cambió la visión del mundo sobre el síndrome de Down.

Jérôme Lejeune (1926-1994) es conocido por su trabajo pionero en genética, su dedicación al servicio de los pacientes con discapacidad mental y la valentía con que los defendió. Pero muchos desconocen sus motivaciones más profundas. ¿Cómo se convirtió un joven estudiante de medicina en un referente para sus amigos judíos y musulmanes? ¿Por qué constituye para muchos médicos jóvenes un modelo a seguir?

Este libro nos permite conocer más íntimamente al maestro, al esposo y al padre.

El papa Francisco lo declaró venerable en 2021.



Paternidad robada

María Calvo

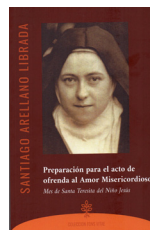
Editorial: Almuzara

280 páginas

Precio: 19,95 €

Desde la Revolución del 68, la evaporación de la figura paterna va en aumento. Privada cada vez más de su peso simbólico, parece remitirnos a una imagen obsoleta, cuando no perjudicial, para el desarrollo y crecimiento de los hijos... En las últimas décadas se ha producido un aumento de problemas sociales como la violencia doméstica, los abortos de adolescentes, la agresividad juvenil, el fracaso o abandono escolar... y un factor común parece anidar en el origen: la ausencia paterna.

Estas páginas se apoyan en teorías de científicos expertos en la materia que cuestionan el discurso hipermoderno según el cual, los hombres, son prescindibles de la educación y crianza de sus hijos.



Preparación al acto de ofrenda al Amor misericordioso.

Santiago Arellano Librada

Ediciones Fons Vitae

256 páginas

Precio: 12,00 €

Estamos de aniversarios. Pronto se cumplen los 150 años del nacimiento de santa Teresita y se han cumplido ya los 125 años desde que santa Teresita del Niño Jesús hizo su ofrenda de víctima al Amor misericordioso y, por eso, animo a todos los lectores a prepararse bien para realizar este acto que es tan fructífero y fecundo, leyendo y rezando con la vida y la doctrina de santa Teresita. Estoy convencido de que Dios regalará a todos los que lo hagan el ser de esa «legión de almas pequeñas víctimas del Amor misericordioso».



25 AÑOS DEL DOCTORADO DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

Frente al vacío de tantas palabras, Teresa presenta otra solución, la única Palabra de salvación que comprendida y vivida en el silencio se transforma en manantial de nueva vida. A una cultura racionalista y con demasiada frecuencia penetrada de materialismo práctico opone ella con desconcertante sencillez «el pequeño camino» que volviendo a lo esencial, conduce al secreto de toda existencia: el amor divino que rodea y penetra toda la aventura humana. En un tiempo como el nuestro, marcado con demasiada frecuencia con la cultura de lo efímero y del hedonismo, esta nueva doctora de la Iglesia se muestra dotada de una eficacia singular para iluminar el espíritu y el corazón de quienes están sedientos de verdad y amor.

(...) El camino por ella recorrido para alcanzar este ideal de vida no es el de las grandes hazañas reservadas para pocos, sino, al contrario, un camino al alcance de todos, el «pequeño camino», camino de confianza y de abandono total de sí a la gracia del Señor. No es un camino que haya que infravalorar, como si fuera menos exigente. En realidad, es exigente, como exigente es siempre el Evangelio. Se trata, empero, de un camino a lo largo del cual se halla uno penetrado del sentido del abandono confiado en la misericordia divina, que hace liviano incluso el más riguroso compromiso espiritual.

De la homilía de Juan Pablo II con ocasión de la proclamación de santa Teresa de Lisieux como doctora de la Iglesia (19 de octubre de 1997)